

LA SANTA DUQUESA DE VILLAHERMOSA. (1)

«La ilustre casa de Villahermosa y de Luna, enlazada con vínculos de parentesco hace más de cuatro siglos con la Casa Real de Aragón, ha conservado constantemente con el debido aprecio, la memoria de la esclarecida Duquesa de Villahermosa Doña Luisa de Borja y Aragón, digna hermana de San Francisco de Borja. Y entre los muchos testimonios que podíamos aducir en prueba de este nunca interrumpido aprecio, no es á la verdad el menor el libro que, habiendo sido escrito á fines del siglo xvii, bajo la protección de la Duquesa de Villahermosa, Doña Maria Enriquez de Guzman, y siendo muy pocos los ejemplares que de él existen, se reimprime hoy por mandato y á expensas de la Excmá. Señora Doña María del Carmen Azlor de Aragón, Condesa de Guaqui, deseosa de que no se llegue á extinguir entre las gentes el recuerdo de las virtudes que en tan alto grado distinguieron á su preclara abuela.»

En estas palabras de la advertencia que precede á la reimpresión de la vida de la que, con su autor, llamaremos la «venerable Duquesa,» encontramos perfectamente explicado el origen y objeto del libro que tenemos á la vista, y merced al cual podemos hoy conocer y apreciar facilmente las altas dotes de discreción y de virtud de una de las damas de más ilustre alcurnia y de mayor santidad que brillaron en el siglo xvi en España.

Doña Luisa de Borja y Aragón, en efecto, era por su madre Doña Juana de Aragón, biznieta del Rey Católico don Fernando; por su padre D. Juan de Borja, tercer Duque de

(1) *Vida de la viuda Duquesa Doña Luisa de Borja y Aragón.*—Madrid, 1876.

Gandía, descendía asimismo de la Casa Real de Aragón y de las de Navarra y Castilla: su esposo, D. Martín de Aragón, más tarde Duque de Villahermosa, fué señor del Condado de Ribagorza, cuyo origen se remonta á los primeros tiempos de la Restauración Pirenáica, y nieto de D. Juan de Aragón, hijo del Maestre de Calatrava y de la ilustre Doña María Lopez de Gurrea, conocida por lo preclaro de su linaje con el nombre de la «Rica-Hembra.»

Los hijos de Doña Luisa, á su vez como vástagos de tan esclarecida estirpe, dejaron también renombre en la historia. Fueron, entre otros, el infortunado D. Juan, marido de la no ménos infortunada Doña Luisa Pacheco, Condesa de Ribagorza, cuya violenta muerte por sospecha de infidelidad conyugal, abrió la larga série de enemistades entre las familias del Conde de Chinchón y de los Duques de Villahermosa, enemistades que tanto influyeron en los sucesos de aquel tiempo y que condujeron al mismo D. Juan, víctima del ódio de sus enemigos, á morir en un patíbulo; el no ménos conocido Don Hernando de Aragón, Duque de Villahermosa, víctima de los disturbios que tuvieron lugar durante el reinado de Felipe II, al que concluyó por ceder sus estados de Ribagorza, permaneciendo más tarde recluido hasta su muerte por injustas sospechas infundidas en el ánimo de aquel receloso Monarca; y, por último, el ilustre D. Francisco, creado más tarde Conde de Luna, ocho veces diputado por Aragón, traductor y anotador de Pomponio Mela, y autor de los *Comentarios históricos* que tanta luz arrojan sobre graves sucesos de aquel tiempo, en los que intervino activamente y prestó grandes servicios.

Pero si por lo ilustre de su alcurnia y por el renombre y vicisitudes de sus hijos, merecía Doña Luisa que no omitiese su nombre la historia, el alto grado de esplendor á que llegaron sus virtudes, las no comunes dotes de inteligencia y buen gobierno de que dió pruebas en ocasiones difíciles, y el renombre de santidad que dejó á su muerte, la hacen digna de ocupar en ella lugar bien distinguido.

Hermana de padre y madre del gran San Francisco de Borja, lo fué «mucho más aún que en la carne en el espíritu.»

segun el testimonio de San Ignacio de Loyola, tan comedido y reservado en sus juicios; obligada, sin duda, por disposición de la Providencia, á reprimir y contrariar sus ardientes inclinaciones á la vida religiosa, llevó sus deseos de perfección á la vida de matrimonio, al cumplimiento de los deberes de la maternidad cristiana, al régimen interior y doméstico de su casa y servidumbre, y hasta al del gobierno político de sus Estados, formando las grandes pruebas de discreción y de santidad de que en todas estas circunstancias dió muestras la trama de su vida.

Arrebatada á los suyos en edad aún no madura, la fama de sus beneficios y virtudes dejó indeleble recuerdo en el ánimo de sus contemporáneos, contándose y perpetuándose por la tradición, accidentes extraordinarios de su vida, atribuyéndose á su intercesión hechos sobrenaturales consignados en documentos públicos de la época, mostrándose y venerándose durante largo tiempo en el camarín de la Iglesia de Pedrola, teatro oculto de sus austeras virtudes, rastros de sangre voluntariamente vertida por expiación y por amor, de la que aún hoy sola es conocida por los habitantes de aquellas comarcas que van á visitar el sepulcro en que yace su cuerpo incorrupto, con el nombre de «la Santa Duquesa.»

Al reimprimir, pues, su vida, escrita con gran copia de datos y en estilo distinguido, superior al de su época, por el sabio Jesuita el P. Muniesa, la ilustre sucesora de la Santa Duquesa ha hecho más que cumplir un piadoso deber de familia, ha prestado un servicio á la Historia.

Nunca en efecto serán bien conocidos, nunca serán debidamente apreciados en todo su valer los grandes siglos de nuestra historia como nación católica, y en especial el siglo xvi, mientras nos limitemos á conocerlos y á juzgarlos por su aspecto exterior, por los grandes sucesos políticos; hay que descender á estudiarlos en lo que constituye la esencia íntima de aquella época, la vida individual y doméstica, verdadero fundamento de las virtudes sociales de los pueblos.

La circunstancia de que por un sentimiento de delicada modestia, que no vacilaremos en tachar, sin embargo, de ex-

cesivo, no se halle de venta el libro á que nos referimos, y sólo se hayan distribuido algunos ejemplares en un reducido círculo de amigos y amantes de esta clase de estudios, nos mueve á procurar dar á nuestros lectores, aunque no sea más que una pálida idea, de la vida y virtudes de la Santa Duquesa de Villahermosa, hermana del gran San Francisco de Borja.

I.

Doña Luisa de Borja y Aragón nació en Gandía, en la provincia de Valencia, en 1520, pocos años despues que su hermano Francisco, único vástago hasta entónces de los Duques de Gandía. Juntos se deslizaron los primeros años de Francisco y de Luisa, bajo la dirección de su discreta y santa madre, á la que tuvieron la desdicha de perder bien pronto; juntos escuchaban de rodillas las lecciones que el piadoso preceptor y Sacerdote Ferran daba á Francisco, cuando éste sólo tenia cinco años, escuchando atenta Doña Luisa y repitiendo, sin poder pronunciar las palabras, las instrucciones que se daban á su hermano; juntos rezaban sus devociones, en especial la de los Santos que les caian en suerte cada mes, piadosa costumbre de la casa de Gandía, transmitida más tarde por Francisco á la Compañía de Jesús y extendida de allí á muchos institutos religiosos y familias cristianas, que aún la practican hoy en dia; juntos se entregaban á esas expansiones de la piedad infantil, de las que al conocido episodio de la infancia de Teresa de Jesús y de su hermano Rodrigo, cuando, excitados por la lectura de la vida de los Santos, querían ir á tierra de moros á morir por Jesucristo, ofrécenos tan tierna y delicada muestra. Privados temporalmente del apoyo y calor de su madre, ocupado su padre el Duque de Gandía en gobernar sus Estados y en rechazar desde las costas las incursiones que hacian en ellos los moros, los dos piadosos huérfanos encontraron dulce expansión y consuelo en el monasterio de religiosas de Santa Clara en Gandía, con el que su piadosa madre estaba en constante comunicación, tanto por la proximi-

dad y estricta observancia de aquel santo asilo, que conservaba aún el fervor de la reforma iniciada por Isabel la Católica y por Cisneros, como porque encerraba en su seno varios é ilustres y cercanos deudos de los Duques de Gandía.

Allí había abrazado la vida religiosa y ejercía el cargo de Priora Sor María Gabriela Enriquez, abuela paterna de Don Francisco y de Doña Luisa. Allí tenía también á su tía Sor Francisca de Jesús, en el mundo Doña Isabel de Borja, que despreciando ventajosos partidos y un proyectado enlace con el Duque de Segorbe, había ido á vestir el humilde sayal de franciscana y á vivir libre, gozosa y austera entre las esposas de Cristo, sin olvidar por esto á sus sobrinos, á los que quiso llamar siempre hijos y ser siempre también llamada por ellos madre.

Allí entraron más tarde dos hermanas del padre de Doña Luisa y de D. Francisco, siendo una de ellas Doña Juana de Borja, tan conocida por el nombre de Sor Juana de la Cruz y por la fundación que vino á hacer desde Gandía del convento de las Descalzas Reales en Madrid.

Enardecido el ánimo piadoso de Doña Luisa á la vista de tales ejemplos, vino á impedir que los imitase por el momento, aun más el empeño que mostraban su padre y sus deudos en contrariarle, los disturbios de las Comunidades y Germanías que hicieron principal blanco de sus ódios al Duque de Gandía, penetrando en sus Estados y obligándole á refugiarse con su familia en Zaragoza, desde donde, y al mando de fuerzas reales, vino á recobrar á viva fuerza su ciudad y palacio, ocupado por los sediciosos. No volvió, sin embargo, á Gandía Doña Luisa probablemente por los temores que abrigan su padre y su tío D. Fernando de Aragón, Arzobispo de Zaragoza, en cuya compañía había vivido, de que entrase en el convento y privase así de sucesión á su ilustre casa.

De Zaragoza pasó Doña Luisa á Sanlúcar de Barrameda, donde residía su tía la Duquesa de Medina-Sidonia. A su paso por Ubeda, tuvo el consuelo de hallar á su abuela la mencionada Sor María Gabriela Enriquez, que obligada á ausentarse

de Gandía por los disturbios que allí tuvieron lugar y escrupulosamente fiel al espíritu de pobreza de la familia franciscana, había hecho el viaje á pié desde Valencia hasta Andalucía, donde vivía aun su madre Doña María de Luna.

En Sanlúcar permaneció Doña Luisa hasta que se concertó y se dispuso su matrimonio.

Nada había más léjos de su ánimo que adoptar este estado. No había renunciado á la que creía ser su vocación y había vivido durante su estancia en Sanlúcar, como una verdadera religiosa, no encontrando su tia más motivo de tacha en su conducta que sus excesivas mortificaciones; pero ante las apremiantes insistencias de su padre, de su tío el Arzobispo y de toda su familia, incluso su hermano Francisco, no creyó Doña Luisa, despues de haber escuchado las inspiraciones de la gracia, que debía seguir oponiendo obstinada resistencia.

Concertado entonces su matrimonio con D. Martin de Aragón, hijo primogénito de los Condes de Ribagorza, llevóse éste á cabo en Zaragoza con gran pompa.

«Será la librea rica, costosa y vistosa, escribía el noble Conde de Ribagorza D. Alonso de Aragón á su mayordomo, que en las ocasiones los caballeros deben ser lucidos.» Pensaron tambien los Condes de Ribagorza conceder á los novios la baronía de Torrelles, para que pudieran vivir independientes; pero pronto las buenas disposiciones de Doña Luisa para con sus nuevos padres les hizo aplazar indefinidamente esta entrega, que llevaba, como consecuencia forzosa, una separación á la que, conocido el carácter bondadoso y afable y el trato ameno y discreto de su nueva hija, nunca quisieron resignarse.

Una vez casada Doña Luisa, pensó en asentar sólidamente su vida y en dar perfecto cumplimiento á los deberes de su nuevo estado.

Sigámosle al Palacio de Pedrola, residencia habitual de los Condes de Ribagorza, donde dueña y señora en todo lo que concernía al régimen interior de la casa y servidumbre, cabeza de familia y soberana absoluta de sus Estados el tiempo que su marido se fué á guerrear á Flandes, tuvo ocasión

de desplegar las superiores dotes con que para gloria de Dios y bien de sus semejantes le había adornado el cielo.

II.

D. Martín de Aragón, primogénito de los Condes de Ribagorza, y más tarde Duque de Villahermosa, no era, al casarse con Doña Luisa de Borja, un hombre vulgar y adocenado. Se había criado con su tío materno, el Arzobispo de Santiago, habiendo recibido una educación esmeradísima. A más de poseer el latín, el italiano y el francés, escribía elegantemente en castellano, y compuso, además de varias poesías, una *Vida* de los Condes de Luna y una *Historia* de los Reyes, Condes y Obispos de Ribagorza. Había servido en Palacio en tiempos de Carlos V y Felipe II, como era costumbre establecida por Isabel la Católica que lo hicieran los primogénitos de las casas nobles, y de allí salió á los diez y seis años para casarse con Doña Luisa de Borja, que á la sazón tenía veinte. Fuera por esto, fuera porque desde el primer momento reconociese en su esposa dotes superiores de mando y de virtud, es lo cierto que, no sólo dejó á Doña Luisa el cuidado y el gobierno absoluto de la familia, casa y servidumbre, sino que, aun en el gobierno político de sus Estados, nada hacía sin consultarla primero; y cuando, por consejo de la misma Doña Luisa, á quien consideraba, dice el autor, como un oráculo, por su virtud y prudencia, pasó á guerrear á Flandes, distinguiéndose en varias batallas, y entre ellas en la memorable jornada de San Quintín, no sólo dejó á su esposa señora y gobernadora única y absoluta de sus Estados, sino que, á su vuelta, maravillado de cómo había desempeñado este cargo, no quería volverlo á ejercer por su cuenta, y sólo la inquebrantable resistencia que opuso á ello Doña Luisa, pudo hacerle ceder en su propósito.

Entre tan nobles esposos existía necesariamente afectuoso trato y correspondencia.

—¿Qué quereis que os traiga de Flandes?—preguntó el

Conde de Ribagorza á su esposa, al partir, por consejo de ésta, á llenar los deberes de su posición con su Rey y con su patria.

—No otra cosa que vos mismo, tan gran caballero como yo os deseo,—replicó ésta afectuosamente; é instando el Conde en que esto no era bastante, porque en ello estaba igualmente interesado por haber de recobrar su buena compañía, pidió la Condesa que le trajese de los insignes pintores que allí florecían una imágen de la Virgen, «que se le pareciese,» como así lo hizo el Conde á su vuelta, conservándose aun hoy esta imágen en la iglesia del castillo de Pedrola.

Durante los cuatro años que pasó D. Martin en Flandes, á pesar de los grandes gastos que ocasionó su estancia allí, pues como todo gran señor en aquel tiempo vivía y guerreaba únicamente por su cuenta, cuidó Doña Luisa de que ni por un momento le faltaran las crecidas sumas que necesitaba para su asistencia, no siendo éste uno de los menores motivos que el Conde tuvo para rogarla que siguiera á su vuelta con la administración de sus Estados.

A su regreso, la Duquesa, que en sus expansiones con Dios no había sabido contener el júbilo que le causaba la venida de su marido, conservándose entre sus papeles una bellísima oración y paráfrasis del *Magnificat*, escrita con este motivo, además de enviarle todo lo que le pedia para sus desempeños y para el viaje, le envió 2.000 escudos más «para que los emplease generosamente, le escribía, en gratificar á los postillones y le trajesen á sus brazos más aprisa.» Amorosa bizzarria, propia de un espíritu principal, dice con razón el autor de su vida.

Pero donde más se acreditó el tino y discreción de Doña Luisa, juntamente con el cristiano amor que profesaba á su marido, fué en el siguiente interesante episodio.

Consignadas dejamos las buenas partes del Duque Don Martin; pero como por si llevar en sus venas la sangre de los Reyes de Aragón, poco señores de sí mismos, aun los más grandes de entre ellos, en punto á la práctica de las virtudes, fundamento de la fidelidad conyugal, tuvo el buen Duque,

allá en Flandes, no se sabe qué amorosos y pasajeros devaneos. El hecho es que una dama distinguida de aquel país vino locamente siguiéndole hasta Pedrola, en donde la mantuvo D. Martín en su compañía, disfrazada, por temor y respeto á la Duquesa, con andar y nombre de paje Doña Luisa, sin embargo, conoció pronto el engaño y disimuló por algun tiempo; pero un dia, como por acaso se hallasen solos en su presencia el Duque y el supuesto paje, que como hemos dicho, pertenecía á una famitia distinguida de Flandes, volviéndose á éste con rostro entre sereno y ofendido, y con palabras entre benignas y graves, le dijo:

—Ya sé quién sois, y que no sois lo que parecéis, y que en mi casa, segun la noticia que tengo de la de vuestros padres, tan honrados por su naturaleza, como afrentados por vuestra desenvoltura, érais muy apropiado para dama mia, pero no para dama de mi marido.

Y sin dejarla replicar, le añadió que, si no en su casa, porque eso no lo podía consentir, fuera de ella tomaba desde aquel momento por su cuenta el cumplir con todas las obligaciones de caballero y de cristiano que hacía su persona hubiera podido contraer el Duque.

—Supuesto que no podeis volver á tomar sin agravio de muchos el nombre de vuestra casa, llevad en adelante, le dijo, el nombre de la nuestra, llamándoos: Doña María de Aragón.

Y despues de exhortarla á que pensase en la gravedad de su culpa, y á que desagraviase á Dios por ella, terminó diciéndola:

—Pero no os desesperéis por eso ni os desconsoléis, que Dios sabe el amor con que os lo digo, y la resolución que ántes de hablaros tomé de asistiros de todas maneras en cuanto se os pudiese ofrecer, y especialmente, en el remedio de vuestra pobre alma, que no me espantan vuestras flaquezas, sino que me compadezco de ellas entrañablemente, en consideración de que sois mujer.

—Perdonadme,—dijo despues la duquesa, volviéndose á su esposo;—perdonadme, esposo y señor mio, que esta licencia

no me la he tomado yo, sino que me la da Dios en este caso; y ya que por vuestros pecados y los míos fuisteis cómplice en la ruina miserable de esta pobre mujer, ayudadme, os ruego, como podeis y debeis, en su remedio.

—Quien á tan honrada fuerza no se rinde, ¿á quién se rendirá?—exclamó el duque despues de haber oido entre entristecido y confuso las dignas y sentidas exhortaciones de su esposa.

—Ríndaos la de Dios, cuyas ofensas me tenían lastimada,—replicó ésta.

Doña María de Aragón, que así en efecto fué llamada por todos desde aquel momento, tomó el hábito en el Convento de Religiosas Dominicanas de Zaragoza, siendo, bajo este nombre de Sor María, una de las más santas fundadoras de aquella provincia; y quedando el duque arrepentido de su yerro, y convertido en admirador y amante, hasta su muerte, de las virtudes y discreción de su esposa.

No pasemos adelante sin recordar que durante el no corto tiempo que rigió doña Luisa los Estados de Ribagorza, supo reprimir con tanta energía como prudencia las tentativas de rebelión de sus vasallos, socorriéndoles á la vez en todas sus necesidades, y que al mismo tiempo que era tachada de excesiva su prodigalidad con los pobres, atendía, como hemos dicho, con holgura, á los grandes gastos que ocasionaban al Duque D. Martin sus viajes y campañas; daba educación á sus hijos; proseguía ó terminaba pleitos; y reparaba palacios, castillos y templos.

Todos los sábados hacía vocear un pregón público para que todos los que tuviesen deudas contra su casa y Estados acudieran al punto á cobrarlas, y al mismo tiempo que con sin igual perspicacia descubrió los conatos de los herejes protestantes, sostuvo á sangre y fuego, y hasta el punto de soportar humilde, pero resueltamente, las injustas censuras de varios eclesiásticos, á los Jesuitas perseguidos por el equivocado ó falso celo con que Dios permite se prueben las obras que Él bendice.

El amor de Doña Luisa á su marido, grande, ordenado y

cristiano, se extendía á la familia de éste. Ya hemos dicho que, prendados desde el primer momento los Condes de Ribagorza, padres de D. Martin, del trato y buenas disposiciones para con ellos de su nuera, no habían querido llevar á cabo la división de bienes que tenían proyectada.

En brazos de Doña Luisa, y asistiéndole ésta sin descanso en la enfermedad y en la agonía, murió su suegro, el noble y valeroso Conde D. Alonso de Aragón; á sus cuidados vino á encomendarse en Pedrola, como madre á hija amorosa, la Condesa viuda; hermanas por entero suyas, y medio hermanas de D. Martin, segun la expresión del autor de su vida, parecían sus cuñadas, que tambien vivían con ella. Criadas en el estrecho recogimiento en que se educaba á las jóvenes de aquel tiempo, y sobre todo á las más principales, por procurar su esparcimiento, para que viesen el sol y el campo fuera del retiro de su palacio y para que participasen de los obsequios y agasajos de sus vasallos, persuadía la Duquesa á su marido que de tiempo en tiempo fuese á visitar sus Estados y las llevase á este divertimento; y como dice el autor, á quien seguimos, las que de allí salieron colocadas confesaban deberlo más á las diligencias de su cuñada Doña Luisa que á las de su hermano D. Martin y de su madre Doña Ana.

Quien así amaba á los padres y hermanos de su marido, ¿qué no amaría á sus hijos? Madre vigilante y amorosa á la par, que, como se consigna en su vida, reprendía con severidad y si era menester, con castigos sus travesuras pueriles «para que no comenzasen á tener por bueno lo ilícito,» les quería tan entrañablemente que en una ocasión enfermó uno de ellos, el que había de ser más tarde Conde de Luna, y no contentándose con los recursos que para su curación ofrecía Pedrola, y tomándole en sus brazos, caminó con él sin soltarle de ellos hasta Zaragoza, distante seis leguas.

Agravándose allí su enfermedad en términos de muerte, le encomendó á Dios resignada y humilde, pero con tanta fé en la bondad y el poder divino, que obtuvo, con asombro de los que presenciaron el suceso, su curación pronta y completa.

Y si la prueba más real de la educación es, como dice nuestro autor, el buen logro de los hijos, baste recordar que, de las tres hijas de Doña Luisa, una ventajosamente acomodada en el siglo, pereció víctima de su caridad junto al lecho de uno de los pobres, á los que, siguiendo las enseñanzas y ejemplos de su madre, en tiempo de enfermedad asistía; y las otras dos fueron observantísimas religiosas en el convento de dominicas de Santa Inés de Zaragoza, especialmente devotas del Santísimo Sacramento, concluyendo allí su vida con alto renombre de santidad y fama de virtud.

Que el foco de donde irradiaban estos afectos ordenados, ardientes y fecundos; que el resorte de todas estas acciones era el fervor y la santidad de Doña Luisa, nuestros lectores lo habrán adivinado sin duda alguna. Al trocar sus inclinaciones á la vida religiosa por sus deberes matrimoniales, no trocó las disposiciones de su alma, ni, casi podríamos decir, el órden y concierto de su vida en todo aquello en que la diferencia entre los dos estados no lo hizo absolutamente necesario.

Atenta siempre ántes que á todo á su santificación interior, la humildad era el fundamento de sus virtudes. «A quien nada se le debe, honra se le hace,» era su máxima favorito.

Seguíase á esto el órden de vida, la exacta y buena distribución del tiempo, condición indispensable de la santidad segun San Agustin, que la define «el órden en el amor.» De su fervor y austeridad puede juzgarse con saber que oraba siempre, en los largos ratos que consagraba cada dia á este ejercicio con las rodillas desnudas; que cuando asistía á acompañar el Viático ó á las procesiones del Córpus, de que era devotísima, encontraba medio de ir descalza, sin que padeciese su modestia y su decoro; que á su muerte se encontró enclavado en su carne un cruel cilicio, que de largo tiempo, sin duda, llevaba continuamente pegado á su cuerpo; y que, como ya hemos dicho, en las paredes de una tribuna baja, contigua á una capilla de la iglesia de Pedrola, y que era el teatro oculto de sus penitencias, se conservaron y veneraron durante mucho tiempo manchas de sangre, reliquias de la santidad de tan ilustre penitente.

La muerte de Doña Luisa, ocurrida en el mes de Octubre de 1560, á los cuarenta años de edad y veinte de matrimonio, fué dulce y tranquila como á tal existencia convenia; pero el dolor que causó á todos los que en torno suyo se hallaban ó la conocian, no pudo calmarse tan fácilmente, ni aún con la segura esperanza del premio que le habían alcanzado sus virtudes.

Su marido no quiso volver á salir de sus Estados, y aún mereció por la vida austera, estudiosa y retirada que llevó desde entonces hasta su muerte, el que Felipe II le llamase «El Filósofo Aragonés,» denominación que ha pasado á la historia. Aún hoy nadie que pase por aquellos sitios, para siempre santificados por ella, deja de ir á venerar el cuerpo incorrupto de la Santa Duquesa de Villahermosa, de la digna hermana del gran San Francisco de Borja.

EL MARQUÉS DE PIDAL.

CURIOSIDADES CIENTÍFICAS.

EL CÓLERA.—EL CANAL DE SUEZ.—ARTE DE CALMAR LAS OLAS.

EL DESASTRE DE ISCHIA.

I.

Todos los años, la vuelta de la peregrinación de la Meca ocasiona en el mar Rojo algunos casos de cólera. Pero esta enfermedad suele quedar confinada en la costa asiática, sirviendo el mar como de frontera y de ancho cordón sanitario que nos protege contra terribles sorpresas. La enfermedad se extingue por sí misma, las víctimas se detienen y mueren y Europa queda libre de peligros. Pero en este año, el cólera atravesó el mar y apareció en la costa de esta parte, invadiendo el Egipto. Véamos cómo y por qué, pues no hay efecto sin causa.

Después de 1876 se creó un Consejo internacional sanitario que fuese como una aduana encargada de impedir la introducción del cólera en el Mar Rojo, y por consiguiente en Egipto y Europa, por los peregrinos del Desierto ó por los buques procedentes de la India Oriental. La vigilancia desde entonces ha sido muy severa y el cólera no salió del Asia, pues ya se sabe que es endémico en la India y que, más ó menos, reina siempre en Bombay y Calcuta desde la gran epidemia de 1817, que hizo en tres años tres millones de víctimas. Ya en este año se había notado una recrudesencia inquietante en Calcuta y Bombay; allí para una población de 600.000 habitantes hubo cada semana, al empezar el año, 702 defunciones, por término medio, en lugar de 450, que es lo ordinario. Era pues justo esmerarse en la vigilancia y tratar á los

buques procedentes de aquellos países con la mayor severidad.

Un ilustre médico, M. Fauvel, decía netamente hace seis meses á la Academia de Ciencias de París: «Si se suspenden las medidas preventivas, el cólera invadirá el Egipto.» Su previsión está confirmada.

En efecto, los sucesos políticos han dado la preponderancia en el Consejo sanitario internacional á los delegados ingleses. En ese cuerpo había dos opiniones contrarias que daban lugar á continuas controversias. Segun la doctrina francesa, son pocas cuantas precauciones se tomen contra los buques sospechosos; segun la doctrina inglesa, las cuarentenas son inútiles, y por eso los ingleses han procurado siempre eludir los reglamentos del Consejo. Se avivó la lucha despues de la ocupación de Egipto por los ingleses y se trató de desorganizar el Consejo. Recientemente Sir Carlos Dilke, presidente del *local government Board* de Londres, respondiendo á una comisión de armadores, declinó toda especie de responsabilidad en los actos arbitrarios y caprichosos del Consejo de Alejandria, que causan, dijo, tantas pérdidas al comercio marítimo inglés, añadiendo que el Gobierno británico no podía tolerar más tiempo que una corporación «irresponsable» conservase la facultad de hacer leyes arbitrarias, vejatorias para todo el comercio de la Gran Bretaña y que impidiese «sin utilidad» las comunicaciones con la India.

Llegaron á ser ilusorias las sesiones del Consejo; el 4 de Mayo, el delegado inglés comunicó una declaración de lord Grandville negando al Consejo el derecho de intervenir en los convenios entre armadores y pasajeros. En la sesión siguiente el delegado francés pidió que, al menos, se adoptasen algunas medidas respecto á las procedencias de Bombay, donde tocan la mayor parte de los barcos que vienen de Calcuta; al votar, el delegado inglés se retiró así como los cuatro delegados egipcios ó extranjeros, y como no había número suficiente, se levantó la sesión. El 27 de Junio el Consejo internacional cesó de existir y triunfaron las teorías inglesas de libre plática. Pero el cólera invadía ya el Egipto y del 24 al 30 hizo 500

víctimas en Damietta; del 1.º al 10 de Julio, 1.000. En 17 días se han anotado 3.000 defunciones por causa de la epidemia.

Los ingleses niegan, naturalmente, que haya sido importado y dicen que reconoce un origen local, por lo que debe extinguirse rápidamente. Se sostiene la teoría de los focos cólericos locales y hasta se supone que el cólera puede nacer de pronto y por virtud de condiciones climatéricas especiales. En teoría conviene ser circunspectos; la hipótesis de la reviviscencia de los gérmenes de una epidemia antigua no está ya conforme con las doctrinas científicas del día. Ahí está la historia para demostrar también que el cólera ha sido siempre importado.

Nótese bien: los ingleses acaban con todo género de vigilancia; se puede venir sin tropiezo ni demora de la India al Egipto y apenas se establece la libre plática, estalla la epidemia. ¡Y esta singular coincidencia no llamará la atención hasta de los más escépticos! Caen las barreras y llega el mal de pronto, diezma la población con temerosa energía y esto sucede sólo donde llegan peregrinos y pasajeros. ¿Ofrece esto duda alguna?

El cólera se declaró en Damietta el 23 de Junio: el 18 llegaron á la ciudad varios mercaderes indios procedentes de Bombay, así como un tal Mohamed Halifa, fogonero del barco inglés *Timor*, que había arribado en Bombay. Este fogonero murió del cólera en Damietta. Sea él, sean otros los que trajeron el mal, es cierto que á su llegada la epidemia invadió el país. Hemos insistido en el origen de la epidemia, porque todo el laborioso edificio construido después de las conferencias sanitarias de Constantinopla (en que tan buen papel hicieron los médicos españoles) y Viena, desaparece y con él esa barrera propuesta por los hombres más eminentes de toda Europa contra las invasiones del cólera en el Mar Rojo. El peligro subsistirá hasta que se reconstituya un nuevo Consejo sanitario bastante fuerte para conseguir su objeto.

De todas maneras, Europa ha tomado inmediatamente las precauciones más esquisitas. Los puertos se cierran á los buques ingleses: las cuarentenas se aplican con rigor y se vigila,

porque es preciso vigilar. En Turquía é Italia se redoblan las precauciones, donde es más de temer el peligro, y la vigilancia es estrechísima en el Adriático, y es de esperar que, si se cumplen rigurosamente las prescripciones del Gobierno italiano, el mal no entrará por allí. España, Francia y Portugal, también vigilan con cuidado desde un principio.

¡Queda Inglaterra! ¿Acaso esta nación, que ha dejado llegar el mal, no lo propagará? ¿Es que sus buques, rechazados en todas partes, no llegan de las Indias á los puertos de la Gran Bretaña? M. Fauvel, inspector general de servicios sanitarios, decía no há mucho en la Academia de Ciencias, que consideraba el peligro casi nulo por esa parte. El cólera reina siempre en la India, y jamás un buque procedente de la misma lo ha introducido en Inglaterra, porque son precisos catorce dias para ir de Puerto Said á Inglaterra, y el máximum de la incubación de dicha enfermedad es de diez dias. En cuanto al cargamento, la experiencia prueba que no es contagioso, y además, los ingleses aplican medidas de desinfección enérgica á los cargamentos sospechosos. Cuando las epidemias de 1832, 1848, 1853 y 1866, siempre vino el cólera por tierra, por el Norte de Europa: es, pues, esta quien ha dado el cólera á Inglaterra y no Inglaterra á Europa.

Se ha tratado científicamente de esta parte de la cuestión: ¿hay probabilidades de que escape Europa de este peligro? En 1865 el cólera dió un salto de Egipto á Europa, pero estábamos preparados para combatirle como ahora, y en 1833 sabremos guardarnos de él. Hé aquí la opinión de M. Fauvel.

Este sábio cree que podremos escapar del peligro, teniendo en cuenta las leyes que rijen á las epidemias coléricas. Una de estas leyes es que cuanto más rápida y terrible es la epidemia del cólera en un país, más corta es su duración, y con mayor rapidez se extingue. Así sucedió con la de 1865 en Egipto, donde los médicos enviados de Europa para observar la enfermedad, no pudieron ni aún llegar á tiempo. Al ver lo que hoy sucede, es probable que sucederá lo mismo con la actual epidemia, y que dentro de un mes, lo más, acabará en Egipto. Despues de ese tiempo, no habrá desaparecido del todo el

riesgo para Europa, porque aún habrá casos, y la desinfección del país no será completa, pero el peligro de la importación habrá disminuido considerablemente, y la defensa será más enérgica.

Es, pues, fácil afirmar, continúa, que defendiéndose bien durante un mes, tendrá grandes probabilidades de evitar el peligro, que no debe negarse, pero que tampoco conviene exagerar. Aun suponiendo que el bloqueo actual sea forzado y que éntre el mal por Turquía ó Italia, no nos faltarán motivos para creernos salvos. Por otra parte, las epidemias son cada vez menos mortíferas, lo cual se debe en gran parte á la higiene moderna, pero quizá también á falta de energía del mismo mal. Parece como si cada epidemia produjese una especie de vacunación en masa: así en las regiones donde la epidemia es endémica, son los recién llegados los que son heridos por la plaga. Hé aquí unos datos relativos á París y que prueban la aminoración sucesiva de la intensidad del mal:

1832	1	muerto por	40	habitantes.
1849	1	—	51	—
1853-54	1	—	112	—
1865-66	1	—	270	—

Podemos, pues, concluir diciendo que, según todas las probabilidades científicas, escaparemos de la plaga y que, aún cuando viniese á Europa, sería relativamente benigna y se extendería poco. Tal parece ser la situación en este mes de Agosto de 1883.

II.

El canal de Suez estuvo á punto de ocasionar un conflicto europeo con motivo de la guerra anglo-egipcia. Hoy mismo encierra aun cuestiones políticas de la mayor importancia. Todo el mundo sabe que el crecimiento de su tráfico es tan grande, que ya se advierte la insuficiencia de esa vía de co-

municación entre dos mares, entre el Oriente y el Occidente. Los ingenieros, la empresa, el gran Lesseps, investigan ahora qué es lo más conveniente; si ensanchar el canal ó construir otro paralelo.

No hay para qué recordar las dificultades casi insuperables que hubo de vencer con constancia heróica M. de Lesseps en esa grande empresa que hará inmortal su nombre. Ahora conviene conocer las dificultades presentes. Se refieren unas á las condiciones del tránsito de los buques y otras á los trabajos de conservación necesarios para conservar la profundidad del canal y la estabilidad de sus orillas.

En estas hay dos ciudades: Puerto Said é Ismailia. Suez está del canal á que dá nombre unos cuatro kilómetros de distancia. La longitud del canal es de 160 kilómetros: comprende primero desde el lago Menzaleh á la salida de Puerto Said en una extensión de 49 kilómetros, y está trazado en linea recta. En el kilómetro 44 hay una barca que sirve para las caravanas de Siria: siguen tres curvas de difícil tránsito, pues sus rádios no pasan de 1.100 á 1.700 metros: más allá se encuentra Ismailia, que ha servido de base de operaciones al ejército inglés durante la última campaña, y el lago Timsah; allí desemboca el canal de agua dulce.

Mas allá se encuentran los Lagos Amargos, depresión natural de unos 12 metros de profundidad, 20 kilómetros de longitud y unos 10 en su mayor anchura. La navegación es allí fácil y perfectamente libre. Despues vienen los Lagunillas Amargas, donde hay una nueva curva, y donde, reinando los vientos fuertes, se encallan los buques. Por último, se encuentra la sección final, ó sea de Suez.

Cada 10 kilómetros próximamente hay en esta obra una estación, donde se cruzan los buques; suman todas 14. La velocidad de las embarcaciones no ha de exceder jamás de 10 kilómetros por hora, y no han de caminar de noche sino por excepción rarísima.

Las mareas del Mar Rojo producen fuertes corrientes, que se propagan en el canal hasta los 25 kilómetros. El buque no puede caminar con seguridad sino contra la corriente, porque

su velocidad propia, limitada por los reglamentos de la Compañía, lo haría encallar, y esto impediría el tránsito. Así, en las estaciones de la sección de Suez, ciertas señales, colocadas muy alto, indican la dirección de la corriente. Si un buque penetra en el canal durante la mañana, no llegará al otro extremo sino al fin del día siguiente.

Por varias causas son frecuentes los entorpecimientos. Los buques construidos para grandes velocidades no pueden acomodarse á este retardar, y á pesar de su timón, movido por el vapor, y á que se opone un contra-timón, gobiernan muy mal. El viento de Este, que sopla con violencia de Noviembre á Marzo, embaraza mucho la marcha. Por consecuencia de esto, los poderosos remolcadores de la Compañía tienen que desencallar los barcos incrustados en las vertientes del canal.

Este no tiene el mismo perfil en todos sus puntos: la profundidad media de su cáuce es de ocho á nueve metros: el fondo es de unos 22 metros de anchura. Este cáuce ha de estar siempre libre, y la naturaleza del terreno y el paso continuo de los buques tienden á cegararlo. Importa sobre todo impedir las erosiones en los lados del canal donde los ribazos tienden á derrumbarse.

Con este fin se ha tratado de empedrarlos por varios modos.

Desde hace mucho tiempo se ocupa la Administración en impedir los retrasos que sufren las embarcaciones y que originan diferentes causas y los encallamientos. Con arreglo á un convenio hecho en Constantinopla en 1876, la Compañía se comprometió á aplicar 30 millones de pesetas á los trabajos de mejora del canal, en el espacio de 30 años. De este crédito quedan aun unos 24 ó 25 millones, y hé aquí cómo pretende emplearlos la Compañía. Los diques y puertos de Puerto Said, aunque muy extensos, son insuficientes, y eso que allí no paran los barcos sino para aprovisionarse de carbón. Los que llevan esta carga son los que más estorbos producen, por lo que se les destinará una nueva cala de 17 hectáreas de superficie.

Tambien se ampliará en más de 500 metros el lado Oeste de la cubeta ó caja del canal para que puedan aproximarse cuatro ó cinco navios más que ahora. Se preparan trabajos importantes en la estación de Kantara: se agrandarán otras: se rectificarán algunas curvas, etc. Estos trabajos serán ejecutados por un material compuesto de tres dragas de sistema Gouin con vertedero, una draga marina, un remolcador y 14 conductores de máquinas Compound.

M. Gallut cree que es impracticable en absoluto el proyecto de ensanchar el canal. Pero creando tres estaciones, podrían formarse verdaderos trenes de navios, que marchasen juntos y se amparasen mutuamente. Podrían aumentarse tambien los rendimientos del canal, alumbrándolo con luz eléctrica, pues así caminarían de noche. Segun dicho ingeniero, el medio mejor de que debe servirse la Compañía es de abrir un nuevo canal, paralelo á éste, enlazado en algunos puntos con él, de modo que en ocasiones un solo ramal sirva para ambos. Esta es la única solución, la única buena, la que debe adoptarse sin vacilar, siendo muy de advertir que el coste del segundo canal sería en gran manera inferior al del primero. Quizá bastarían 200 millones de francos.

Hay dinero para emprender la obra: hay ingenieros que la dirijan: M. Lesseps no vacila ante ninguna de estas grandes empresas. Pero la Compañía carece de terrenos en que abrir esta nueva comunicación entre dos mares al través del Istmo, y es preciso acudir al Khedive para que haga las concesiones necesarias, y como aquel soberano depende hoy de Inglaterra, ésta es la que decidirá, segun le convenga, en tan importante asunto.

III.

En una revista extranjera (*Nineteenth Century*) se ha publicado un curioso trabajo de un marino acerca de una interesante materia. El escritor se expresa con tal calor y de una manera tan entusiasta, que sin duda alguna tiene el conven-

cimiento de cuanto dice que, por otra parte, comprueba con gran número de testimonios.

Asegura que tiene ya una verdadera práctica en este asunto. Durante sus largos viajes ha podido convencerse de la eficacia del aceite, vertido sobre las ondas alteradas para tranquilizarlas y se asombra de que medio tan sencillo no sea empleado con la frecuencia necesaria. Como el marino escritor dice, unos cuantos barriles de aceite no estorban nunca en la cala de un buque, y en cambio, podrían evitar muchos naufragios.

En muchas comarcas marítimas se emplea el aceite con dicho objeto. Los pescadores de Escocia se sirven de él para pescar el salmón en las noches oscuras, á la luz de las antorchas, aún cuando las olas se levanten temerosas, é impidan que se vea el codiciado pez, al que se mata con arpones. Lo mismo hacen en las Bermudas, y algunos pescadores de Gibraltar emplean ese medio para distinguir mejor los sitios donde se agarran las ostras.

Plinio hace algunas indicaciones acerca de la acción calmante del aceite sobre las olas. Los pescadores de arenques en la costa septentrional de Inglaterra aseguran que se distingue á gran distancia la situación de los bancos de peces oleaginosos por la tranquilidad relativa de las aguas donde se hallan: lo mismo dicen los marinos de las costas de Cornuailles de los bancos de sardinas.

El rastro de una ballena ó de un marsuino heridos se ve claramente por la señal que deja la grasa que pierden, notándose alguna vez que flotan aquellos grandes cetáceos en aguas mucho más tranquilas que las ménos inmediatas á ellos, como si las olas no tuviesen eficacia para aproximarse á esos inmensos barriles naturales de espesa grasa.

Los habitantes de St.-Kilda pretenden ser los primeros conocedores de esta virtud del aceite y de haberla aprovechado, siendo la necesidad causa del descubrimiento. Aquella pequeña isla es abordable por un sólo punto y cuando al volver las lanchas se encuentra el mar alborotado, es difícilísima la entrada, pero como allí abundan en extremo unas aves marinas

muy grasientas (tanto que algunas de ellas pueden servir de antorcha con sólo atravesarlas con un pábilo y encenderlo), los pescadores emplean su grasa en tranquilizar las olas de la entrada de su isla. Otros muchos pescadores atrevidos de las islas de los mares del Norte tienen prácticas semejantes, y emplean el aceite, las grasas ó simplemente los pescados grasientos para tranquilizar las olas tumultuosas que les impiden abordar á las costas enriscadas. Parece esto como cosa de encantamiento, pero estas costumbres y repetidísimos y autorizados testimonios no permiten dudar de la realidad del extraño fenómeno.

A mediados del siglo último, fijóse la atención del célebre Franklin en este punto por virtud de una carta en que se le contaba por un viajero que, viajando á bordo de un buque holandés, sobrevino una tempestad, y el capitán, para impedir que las olas se rompiesen contra su barco, vertió en derredor de él unos cuatro ó cinco litros de aceite de olivas, siendo instantáneo el prodigioso efecto de la operación, lamentando el autor de la carta que no se usase más de este recurso por ser poco conocido.

El mismo Dr. Franklin advirtió que, cuando los barcos balleneros se encontraban en el puerto de New-Port (en el Masachusset), el agua estaba siempre en calma, á causa de la grasa de ballena que escurrían los barcos portadores de aquel producto. Una vez se metió en un estanque agitado por el viento; echó en él una pequeña cantidad de aceite y pudo cerciorarse de la verdad que buscaba. Parece extraño que, á pesar de que un hombre como Franklin se haya ocupado en el examen y comprobación del fenómeno, no se haya generalizado su práctica.

El mismo sábio hizo un experimento en mayor escala en la costa de Portsmouth: echó un poco de aceite en el agua y vió que allí no se rizaba, aun cuando en derredor de aquel espacio, todo se veía cubierto de hirviente espuma.

El autor del escrito de que damos cuenta, ha comprobado esto por sí propio. Cree que la huella relativamente tranquila que dejan tras de sí los vapores, procede del aceite que se es-

capa de la máquina. Notó esto por primera vez, en el golfo de Pecheli; pues viendo en el mar una especie de faja de aguas tranquilas, le dijo el capitán del buque en que iba, que aquella singularidad indicaba la huella de un vapor, ya caminando fuera del horizonte sensible. Y en efecto, siguieron aquella huella, y á la mañana siguiente alcanzaron dicho buque.

Después varios marinos le confirmaron la opinión de que es un excelente medio de tranquilizar las aguas el empleo del aceite, refiriendo casos prácticos verdaderamente asombrosos. Cita nombres de buques, de capitanes, de testigos oculares, y asegura que por sí mismo ha comprobado que no se trata de una opinión errónea ó exagerada, sino de rigurosa exactitud.

IV.

La temerosa catástrofe de Ischia ha causado en todo el mundo hondísima impresión. Aquella pequeña isla, donde se anidaban los placeres de la vida de la naturaleza y de la vida artificial moderna, es hoy un vasto cementerio, donde hallaron súbita sepultura millares de personas. Hace dos años y medio ocurrió otra catástrofe análoga, aunque mucho menor, en la misma isla, sin que su recuerdo despertase hace un mes la menor sospecha de que había de repetirse en grande escala.

Ocurrió en la misma Casamicciola, hoy destruida del todo por un desastre más terrible y general, y es prueba de que allí las convulsiones del suelo no son nuevas, ni raras y constituyen lo que pudiera llamarse un accidente ordinario de la vida de aquella isla.

En ambos extremos de ese golfo de Nápoles tan célebre por su belleza, surgen del mar tres islas de suelo volcánico. Al Sud, frente al cabo Campanella, está Capri, cuyo nombre suscita el vergonzoso recuerdo de Tiberio. Al Norte se vé Prócida y más lejos Ischia, ó más exactamente un volcan, el Epomeo saliendo de las ondas y levantando su cima cubierta de nieves perpétuas. Forma un territorio de 80 kilómetros cua-

drados, con 24.000 habitantes, que habitan cuatro poblaciones. Ischia, la más importante, está en la costa del Oeste y tiene 6.000 almas, ó sea la cuarta parte de la población insular.

Para el viajero que llega de Nápoles, el aspecto de Ischia es delicioso. Lamartine ha dicho de ella: «El sol brillante tachonaba el mar con cintas de fuego y reverberaba sobre las blancas casas de una costa desconocida. La dulce brisa de aquella tierra, hacía oscilar sobre nuestras cabezas la vela del barco y nos llevaba de puertecillo en puertecillo y de roca en roca. Era la costa áspera y abierta á pico de la risueña isla de Ischia. Se me aparecía, por vez primera, como nadando en luz, surgiendo del mar, perdiéndose en el cielo azul y nacida como el leve sueño de un poeta en una noche de estío.»

«No hay una de sus casas suspendida en las laderas de la montaña, oculta en el fondo de los barrancos, elevándose sobre una alta meseta ó cabo, escondida en los castañares, sombreada por los pinos, rodeada de blancas arcadas y festoneada de trémulas flores, que no fuera la morada ideal de un poeta ó de un amante.»

Menos poética la ciencia, se limita á ver en la isla de Ischia un efecto del levantamiento de esa masa insular que rodea las costas italianas, y lo que más la choca y estudia, no es ni las casas suspendidas en el flanco de la montaña, ni las barquillas de los pescadores, sino el volcan que se eleva en el centro de la isla y que se llama el Epomeo. Este, al que rodean diez ó doce conos parásitos, se ha abierto algunas veces lateralmente en los tiempos históricos. Los geólogos han encontrado huellas de cuatro erupciones del Epomeo. La primera ocurrió en las capas superiores de la montaña: la segunda en el lugar donde se halla hoy el monte Rotaro, y parece que fué esta la primera erupción que ahuyentó á los primeros habitantes.

El promontorio de Zaro y de Caruso debe su formación á la tercera erupción ocurrida en tiempo de Virgilio, que dejó rastros conocidos todavía por donde quiera y que duró lo menos dos meses. Devastó la isla entera é hizo perecer cuan-

tos moradores no escaparon á tiempo de la terrible plaga; el cráter vomitó entonces lavas tan compactas que hasta el presente ni aun son buenas para la vegetación. Se ha notado que entonces se hallaba el Vesubio en un período de reposo dos veces secular. Pero, como si hubiera una alternativa en los focos de actividad, el Epomeo permaneció tranquilo durante la série de explosiones del Vesubio.

Haya lo que haya en esta supuesta alternativa del movimiento de las lavas subterráneas, el volcan de Ischia reposa desde hace cinco siglos y medio. El desprendimiento de los gases elaborados en las profundidades de su suelo se hace de ordinario por las treinta ó cuarenta fuentes termales que contribuyen, así como el aire puro y la belleza de la isla, á aumentar cada año el concurso de viajeros: algunas veces tambien con catástrofes como la que acaba de ocurrir.

Ahi está la primera causa de las convulsiones volcánicas que sufre la Isla de Ischia. Existe otra explicación y es la de los antiguos, que es muy sencilla. Júpiter enterró bajo la isla á uno de los gigantes que le hicieron la guerra, y como este se hallaba incómodo, como es natural, de vez en cuando se removía y esforzaba con la esperanza de hallar mejor postura. La ciencia moderna tiene, como hemos visto, una teoría muy distinta. La isla está minada por un fuego subterráneo, al cual debe, sin embargo, una prodigiosa y abundante vegetación y las virtudes terapéuticas de sus aguas medicinales. La chimenea ó válvula de ese fuego subterráneo es el Monte Epomeo.

Las catástrofes á que Ischia está, por desgracia, sujeta han sido estudiadas con especial cuidado desde hace algunos años por el profesor Palmieri, quien ha ideado con este motivo una ingeniosísima teoría. Se sabe que los geólogos modernos dividen los terremotos en volcánicos y periféricos. Palmieri propone sustituir esas denominaciones por las de terremotos dinámicos y antidinámicos; los primeros son efecto del dinamismo terrestre y su principal carácter consiste en tener una esfera de acción más ó ménos proporcionada á la intensidad del fenómeno, dando lugar á sacudidas más ó mé-

nos violentas que se repiten con intervalos distintos durante más ó ménos tiempo.

Por el contrario, los terremotos antidinámicos están por lo comun circunscritos y son consecuencia de la formación de aberturas ó cavernas subterráneas que ocasionan la ruptura del equilibrio del suelo superior. Estos vacíos pueden proceder de diferentes causas y principalmente de la acción lenta de las aguas termales que corroen las rocas del subsuelo. A esta última clase de terremotos corresponden los fenómenos de Ischia, nacida sin duda de una explosión volcánica cuyas señales se ven aún en muchos sitios del país.

Por mucho que nos remontemos en la historia de la isla, siempre se hallarán alusiones á los terremotos que ha padecido. Segun Estrabon, sus primeros habitantes son los Eritreos, que, al decir del mismo escritor, no pudieron permanecer allí á causa de las frecuentes erupciones volcánicas. Hasta el año 450 antes de Jesucristo quedó desierta, pero los romanos trataron pronto de apoderarse de ella: se establecieron allí, aunque muy pronto conocieron los inconvenientes de tal morada. La abandonaron luego, y volvieron al fin á ocuparla otra vez, porque los hombres se acostumbran hasta al peligro inevitable.

Cuando ocurrió la última catástrofe, Ischia estaba llena de viajeros y bañistas que pasaban la vida alegremente. Bien puede decirse ya, y no como hasta aquí en sentido figurado, que ciertas personas se complacen en bailar sobre un volcán.

X.

LA COMEDIA DE DANTE ALLIGHIERI. ⁽¹⁾

CÁNTIGA I.^a

EL INFIERNO.

CANTO I.

En la mitad del curso de la vida
me vi extraviado en una selva oscura,
la vía recta estando ya perdida.
¡Ay! ¡cuanto el recordar es dura prueba,

(1) Cedo al carifoso ruego de mi querido amigo el director de LA REVISTA DE MADRID, dando al público este ensayo de traducción en verso del primer canto del Infierno.

Una de las grandes dificultades con que, en mi opinión, tropieza la versión del gran poema italiano, es la rima de los tercetos, embarazosa por su trabazón hasta para los ingenios más fáciles y gallardos, que sujetan á ella sus propios pensamientos. La dificultad, pues, se aumenta tratándose de un trabajo, en el cual hay absoluta necesidad de seguir fielmente el pensamiento ajeno.

Hé aquí tal vez la razón, por la cual en la excelente y sábia traducción del señor conde de Cheste (obra, por otra parte, merecedora de alta estima), echa de ménos con frecuencia el lector, familiarizado con el original, aquel estilo simple y enérgico que constituye el principal encanto de esta obra singular; que todas las literaturas aspiran, quizá en vano, á verter clásicamente al propio idioma.

Meditando en esto, me ha parecido, que ya que no se deba prescindir en una traducción española del terceto, pues sería tanto como prescindir de un rasgo de semejanza que estrecha las distancias, y que la fraternidad de origen de ambas lenguas hace de todo punto necesaria; podría tener mayor libertad el traductor empleando tercetos de rima independiente, esto es, limitando la rima al primero y tercer verso de cada ter-

esta selva salvaje, espesa y torva
que el pavor en el ánimo renueva!

Poco más el morir me amargaría.
Mas antes de tratar del bien que hallara,
referiré otras cosas que allí había.

Yo no sé cuándo entré ni en qué manera,
tal sueño me oprimía en aquel punto
en que dejé la senda verdadera.

•Pero al llegar al pié de alto collado
que término ponía al valle oscuro,
cuyo aspecto me habia acongojado,
la vista alcé y la cumbre vi frontera
con rayos del planeta ya vestida,
que es de este nuestro, perenal lumbrera.

El miedo entonces se aquietó algun tanto,
que perduraba en mi angustiado seno
desde la que pasé, noche de espanto.

Y como sale el náufrago afanoso
del piélagó á la arena, y á las turbias
ondas se vuelve con mirar medroso,
así yo, con la vista fugitiva
me volví á contemplar el fiero paso,
que nunca atrás dejó persona viva.

Despues de algun reposo, volví á erguirme
y á caminar volví, mas de tal suerte,
que el pié más bajo siempre era el más firme.

Y hé aquí, que al ascender por la ladera,
delante se me pone de improviso,
con maculada piel, onza ligera.

ceto, y renunciando á que estos rimen entre sí, como en la muestra que ofrezco al público.

No aspira esta, ni mucho ménos, á parecer buena, sino á señalar un nuevo camino, que ingenios ménos torpes y más desocupados, pedrán ensayar con fruto.

Al principio la novedad hiere un poco los oídos, avezados á la armónica ligazón rítmica del terceto clásico; pero se me figura que la extrañeza desaparece pronto.

Y nunca se apartaba de mis ojos,
 en tal guisa estorbándome, que tuve
 no pocas veces, de volverme antojos.

El albor despuntaba matutino,
 y el sol se levantaba, y las estrellas
 que eran con él, cuando el Amor divino

de bellas luces esmaltó el espacio,
 y así juzgué señal de buen augurio
 la alegre piel del animal rehácio,

la estación suave y la hora de bonanza;
 pero nuevo terror me dá la vista
 de león fiero, que rugiendo avanza.

Mostraba contra mí venir furioso
 con la cabeza alzada y hasta el aire
 de su crin se apartaba temeroso.

Y una loba despues concupiscente,
 henchida de apetitos, aunque magra,
 y que ha perdido y pierde á mucha gente.

Al verla me sentí de valor falto,
 pues de su aspecto tal pavor salía,
 que de llegar desconfié á lo alto.

Y como el que riquezas atesora,
 y á dejarlas la muerte le condena,
 é internamente suda, y tiembla y llora,

Así yo al ver al animal sañudo,
 que viniendo á mi encuentro, poco á poco
 me vá empujando á donde el sol es mudo.

Casi en el fondo del abismo amargo,
 siento hácia mí llegar, quien parecía
 hueco por uso de silencio largo.

A este tal viendo en el fatal desierto:
 Apíadate de mí, le grité ansioso,
 ya seas vana sombra ó mortal cierto.

Hombre fuí, me responde, y Lombardía
 cuna fué de mis padres, y vi en Mántua
 la luz primera del primero dia.

De César vine al mundo en los postreros

años, y só el imperio viví en Roma
de Augusto y de los dioses embusteros.

Poeta fuí y canté aquel esforzado
hijo de Anquises, que de Troya vino
cuando el soberbio pueblo fué abrasado.

Mas, ¿por qué vuelves á este ruin tormento?
¿Por qué no subes al dichoso monte
que de toda bondad es fundamento?

Luego tú eres Virgilio, aquella fuente
que en caudalosa vena se difunde,
respondí yo con ruborosa frente.

¡Oh de los vates luz, honor y guía!
Válgame el largo estudio y el afecto
con que libé en tus versos la ambrosía.

Tú eres mi autor y mi poeta amado.
De tu libro saqué, dulce Maestro,
el hermoso decir que honor me ha dado.

Mira esa bestia, pues volver me ordenas.
Librame de ella, ¡oh sábio! pues su vista
hace latir mis pulsos y mis venas.

Conviene que tú emprendas otro viaje,
dijo al verme llorar, si es que te importa
libre salir de este lugar salvaje.

Porque esta que te sigue, bestia ingrata,
al que quiere pasar por su camino,
de tal modo lo estorba que lo mata.

Y es de natura de tan vil estambre,
que nunca sácios vé sus apetitos,
y despues de comer tiene más hambre.

Con muchos animales hace liga,
y así continuará, mientras no venga
el lebrél que la rinda de fatiga.

Este no buscará terrenos dones,
sino virtud, amor, sabiduría,
y entre dos Feltros alzará pendones.

Salud él sea del país diviso,
por el cual dió Camila la existencia,

y antes su sangre Erialo, Turno y Niso.

Este la ahuyentará con noble lidia
hasta hundirla de nuevo en el Infierno,
donde primero la abortó la Envidia.

Pero atento á tu bien, de aquí sacarte
al punto quiero: yo seré tu guía.

A lugar eternal he de llevarte,
donde verás los que en el fuego braman,
los antiguos espiritus dolientes
que la segunda muerte en vano claman.

Después los que en el fuego están contentos,
porque esperan subir temprano ó tarde,
de la gloria á los claros aposentos.

Mas cuando á éstos remontarte anheles,
alma hallarás más digna de llevarte.

Dejarete con ella en los dinteles.

Pues el Rey de esa pátria afortunada,
porque á su ley rebelde fui en la tierra,
no me permite en su ciudad la entrada.

En todo el mundo impera y allí rige,
allí está su ciudad y su alto sólio.

¡Oh, bienaventurado aquel que elige!

Maestro, respondí, soy tu vasallo.

Por el Dios sumo que ignoraste en vida,
sácame del mal paso en que me hallo.

Que vea yo las cosas que ahora dices.

La puerta de San Pedro, y el castigo
de esos que pintas, ¡ay! tan infelices.

Entonces él se mueve y yo le sigo.

C. SUAREZ BRAVO.

LAS VÍCTIMAS DE D. SIMÓN DE ALGÁZAR.

TRADICIÓN.

I.

Aún duraba el crepúsculo de una de las últimas tardes del mes de Abril.

Caballero en un macilento cuartago, un hidalgo de raído ferreruelo y recosidas calzas, dirigía su derrengada cabalgadura hácia la entrada de Antequera, viniendo de la parte de Córdoba.

Dentro ya de la ciudad, dejando atrás la Cruz Blanca y la calle de Santa Clara, atravesó el Coso de San Francisco, donde fué objeto de burla de una turba de precoces cofrades de la hampa que, entónces como ahora, convertían aquella plaza en escuela de sus truhanerías y en palenque donde hacían alarde de sus aficiones guerreras.

Indiferente á las pullas de los pequeños imitadores de Rinconete y al zumbido de algun guijarro que, desprendido de sus hondas, ponía en grave peligro la integridad de su cráneo mondo y respetable, pasó bajo el arco que comunicaba con la espaciosa calle de la Calzada.

Siguiendo por esta vía al mesurado paso de su escuálido rocin, oyó una carcajada que le hizo levantar la cabeza y fijar sus miradas en una reja que sobre la portada de un antiguo caseron se veía. Su curiosidad no pudo sin embargo quedar satisfecha, porque una espesa celosía resguardaba á una bur-lona dama, que tras ella oculta, se ocupaba en figonear lo que por la calle y en la vecindad pudiera distraer la monotonía de su soledad.

Cabizbajo continuó su ruta hasta dar en el meson, que aun existe en la cuesta de la Barbacana.

II.

Cómodamente repantigado en un voluminoso sillar al lado de la puerta, veíase la panzuda figura del atlético mesonero, que al apereibir al nuevo huesped que hácia allí enderezaba, levantóse presuroso; y doblándose cuanto lo permitia el abultado estorbo que encerraba su colete de ante,

—Dios guarde y traiga con bien á mi Sr. D. Simon, le dijo.

—El os tenga en su santa gracia; pero acercaos, maese Pedro, hijo, y tenedme el estribo, ayudándome á descabalgár, que bien lo he menester al cabo de una jornada de siete leguas sin darme reposo.

—¡Asendereado llega vuesa merced! y debe de ser asi por el empeño que tiene en servirse de ese jaco, que segun malas lenguas perdió la mitad de la cola en la batalla de Pavía.

—Callad, maese Pedro, y no seais bellaco.

—¡Y si es verdad, señor! Si vuesa merced hubiese querido creerme y quedarse con la mula de paso que há tiempo le propuse y que perteneció al Arzobispo de Sevilla....

—¡Sí! y que adquiristeis de un cuatrero de Jerena, que os la dejó á cambio de la pitanza y otros gastos que hizo en vuestra casa.

—¡Calumnias, señor, calumnias son esas con que mis enemigos se ceban en mi honrada persona!

—En fin, dejemos esto y conducidme á un aposento, cuidando de paso que sea bien alojado mi caballo y bien pensado á la vez, para que se reponga y desquite del largo ayuno que viene guardando desde esta madrugada.

—Todo se hará como ordena; y usarcó quedará satisfecho si le place seguirme á la cámara verde, donde le he aposentado en otras ocasiones, y que siempre le destino como la mejor y más bien alhajada.

—Pues alumbradme y guiad.

III.

Cogió el mesonero un alto velón, que sobre la chimenea de la cocina estaba y cuyos cuatro mecheros eran otros tantos leones coronados, y después de hacer luz, él delante y el hidalgo en pos, subieron á una anchurosa estancia, cuyas paredes cubría una tapicería de paños de Côte, rica en otro tiempo y de los que la urdimbre al descubierto, daba testimonio fiel de su remota antigüedad y dilatados servicios.

En un ángulo de la susodicha cámara descubriase un lecho monumental de grandes dimensiones. Su dorada madera se miraba casi oculta por una colgadura de raja verde con caídas de terciopelo del mismo color y alamares y flecos de seda; un paño, también verde, de palmilla, se extendía sobre los henchidos colchones, que brindaban con el descanso al rendido caballero.

Cubriendo los altos huecos de las ventanas, pendían de anchos frisos tallados sendas colgaduras de damasco verde; y junto á una de ellas un bufete de nogal con herraje, cubierto de manchada sobremesa, sostenía un recado de escribir, debajo se hallaba una caja de brasero con clavazón de azofar en cuyo hueco dormía tranquilamente un robusto gatazo, objeto de las caricias de la mesonera.

En el espacio que dejaran dos ventanas, al centro de la estancia y próximo á la artesonada techumbre, un dosel de brocateles rojos y dorados, avanzando extraordinariamente, servía á un crucifijo de regulares proporciones, bajo el cual un bufetico de estrado se encontraba flanqueado de dos sillas de nogal, forradas con baqueta de Moscovia roja con respuntes de seda pajiza y sujeta con gruesos clavos dorados de prolija labor.

El testero del salón lo ocupaba un hogar cubierto de recargada obra arquitectónica de ancho cornisamento y salientes cariátides, medio envueltas por hojas de acanto que velaban en parte sus formas.

A un lado de este hogar descansaba negro y viejísimo cofre, destinado á guardar leña, mientras en el opuesto se veía otro de gran tamaño barreteado y en que se contenía la ropa de cama y mesa.

Delante de la puerta de entrada, un repostero, bordado de raso amarillo y blanco, ostentaba en su centro en alto relieve un descomunal escudo, donde en campo de gules se alzaba fiero león rampante sobre rombo de plata, que dejaba espacio á cuatro cruces de oro flordelisadas, armas de los ilustres descendientes del bravo Alcaide Bernal Gonzalez de Santistéban, conquistador de Antequera.

Como este escudo, vése otro de piedra en la portada de esta antigua casa; indicio claro de las gentes cuya fué aquella vieja morada, que abandonaron á causa de cierta sangrienta catástrofe acacida á uno de sus nobles habitantes.

Completaban el adorno de la cámara algunas deterioradas sillas iguales á las ya mencionadas, que con taburetes de la misma clase, veíanse delante del hogar y de las ventanas, así como alrededor del bufete.

A ambos lados de la puerta, dos grandes contadores de ébano y carey tenían sobre sí inclinados dos espejos con ancha guarnición negra, y sobre la tapicería, cuatro grandes lienzos con guarnición negra y dorada representaban el Arca de Noé el uno, otro el Diluvio universal y los dos restantes el nacimiento de Nuestro Señor y la Adoración de los Reyes Magos.

Muebles y tapices, escudos y cortinajes, todo indicaba que al ser abandonada la casa por sus señores, abandonado quedó cuanto en ella había, y andando los tiempos vino á poder del truhan maese Pedro, su inquilino, quien destinaba esta pieza á los ricos hidalgos que hacían parada en su mesón y á quienes honradamente aligeraba las faltriqueras.

IV.

Dispuesto el buen hidalgo á tomar descanso y libre de las gruesas botas y pesadas espuelas, dejando toda prenda que

pudiese molestarle al lado de su espada enmohecida y debajo de su grasiento chambergo, ya en calzas y jubon, sentóse junto al bufete, y teniendo delante al posadero, empezó el siguiente diálogo:

—¿Podriais decirme, maese, quiénes sean los moradores de una antigua casa que se encuentra en la Calzada de San Francisco, como vamos de los Cantillos de la Maya á la mano derecha y á poco de pasadas las esquinas del Arroyón?

—Nadie como yo puede enterar á vuesa merced por la mucha comunicación que tengo con las gentes que le habitan, á causa de cierta dueña, no muy entrada en años, de buen rostro, que há tiempo no se muestra desdeñosa conmigo y que en la referida casa asiste á su ama Doña Ana de Vargas. Mas, para continuar, señor, tomaré algunas precauciones, cerrando la puerta y bajando la voz, no sea que Mari-Nuñez mi mujer (que es un tantico curiosa) se entere de lo que no es menester, ni ménos á mi tranquilidad conviene.

Practicado lo cual, continuaron departiendo D. Simón y el mesonero de la siguiente manera:

—¿Habeis dicho, maese Pedro, que esa dama se llama Doña Ana de Vargas?

— Sí señor, y es huérfana de un noble y valiente capitán de Corazas, que murió sirviendo al Rey nuestro señor, que Dios guarde. La tal dama tiene por cierto, con un rostro de ángel, una apostura de diosa; pero debiendo tanto á la naturaleza, debe poco á la fortuna, que siempre se le mostró hosca y huraña. La hacienda que posee es corta, però muy larga su codicia, y por esto desprecia á algunos segundones de noble alcurnia que pretenden su mano y que sólo le ofrecen apollillados pergaminos, sin los escudos que atesoran los mayores. Por tanto tengo para mí, que mi señora Doña Ana lo que desea es topar con algun rico hidalgo que la saque de penas, sin parar mientes ni en la edad ni en la estatura.... Usarcé, Sr. D. Simón, que bajo ese pobre vestido tantos doblones guarda, es el marido que conviene á tan hermosa dama, y yo me daría por contento siuviéseis á bien aceptarme por vuestro Mercurio.

—Si la dama es tan hermosa como decís, y además honesta y recatada, y acertais á daros traza para que me otorgue su mano, pagaré vuestro servicio con esta bien repleta bolsa.

Y así diciendo, enseñóle una que sacó de las profundidades de su faltriquera y por entre cuyas mallas brillaba el oro mejicano de que estaba bien provista.

Más aún brillaron los ojos del codicioso mesonero, gozoso al pensar en el aumento de su tesoro que ocultaba en un desvan, y que debía á servicios como el presente, á sus rapiñas y á ciertos misteriosos manejos, que le valieron en ocasiones la ojeriza del Alcalde-mayor, ante cuya presencia le era forzoso comparecer frecuentemente, y de cuyas entrevistas nunca salió satisfecho; porque solía ir acompañado de algun corchete, que no le abandonaba hasta aposentarle en cierta segura y sombría casa de la Plaza de los Eseribanos.

—Tengo para mí, señor, que he de acertar á dar cima á este negocio y no tardaré en pedir os albricias.

—Y yo, que siempre os he tenido por un rufian harto cargado de malicia y de bellaquerías, tengo por cierto que lo llevareis á cabo cumplidamente, si quereis.

—Con vuestra vènia voy á dar comienzo, desde luego, disponiendo antes que sirvan á vuestra merced unas magras que podreis rociar con el rancio Pero-Ximen de una empolvada botella.

—Pues daos prisa á enviar la cena, que buena falta me hace.

Y con esto despidiéndolo: y repantigándose sobre su desvenijado asiento, clavó la vista en la oscura techumbre, entre-gándose á cavilaciones, de que el mismo dará cuenta en el siguiente monólogo.

V.

—¡Ah, Simón! tú nunca te dejaste burlar por nadie; y si esa mal aconsejada dama ha creído poder hacerlo impunemente, ya sentirá el peso de mi venganza, como tantos otros á quienes envié al infierno para servir de solaz á sus cornudos

moradores.... Pero vamos á cuentas, Simón; ¿será cosa que el diablo la enrede, y si Doña Ana es tan hermosa como refiere maese Pedro, tú que tuvistes el corazón blando?... nó; no es posible. Los años me ponen á salvo de este peligro, y páreceme que, con toda su hermosura, no podrá librarse del castigo que he de aplicarle, despues de pensado maduramente con discreción y con seso. Segun ese pícaro posadero, que no es lerdo, y que debe escudriñar bien los pliegues del corazón humano, la tal dama se muestra bastante codiciosa; pues bien: hagámosle conocer parte de mis riquezas, y con este cebo caerá en la tentación de entregármese por esposa. Si no puedo antes llevar á término mi venganza, pasaré por este trance, y, ya segura en mi poder, tomaré á mis anchas satisfacción de la ofensa; y cuál sea aquella, el infierno ha de sugerirlo.

En esta parte de sus cavilaciones se hallaba, cuando fué interrumpido por la presencia de una fresca y desvergonzada moza, que entrósele de rondon cargada con el servicio para la cena.

Habiendo dado el hidalgo buena cuenta de los sazonados manjares, y levantados los manteles, entróse en el lecho, donde le dejaremos entregado al descanso hasta el siguiente dia en que asistiremos á su conversación con el mesonero, ocultos trás de un biombo que ante una puerta de escape próxima al lecho se encontraba.

VI.

Hacia largo rato que los dorados rayos de Febo, penetrando por las rendijas de la puerta, desvelaron á nuestro hidalgo, que impaciente aguardaba á su hospedador, cuando oyó unos recatados golpes que en dicha puerta sonaron, y presuroso abrióle al posadero, que no otro era su madrugador visitante. Lleno de gozo al reconocerle, hizole sentar cabe el lecho, y arrebujándose en sus ropas, preparóse á oír el relato de su mensajero.

—Razón tenía yo, señor, al asegurar á usarcé que no había de tardar en pedirle albricias.

—Al grano, maese Pedro; al grano, y no os andeis por las ramas, que me teneis pendiente de vuestros lábios.

—A ello voy; pero ha de prestar alguna paciencia vuestra merced, porque he de referirle pausada y concienzudamente mi entrevista con Lupercia, que es la dueña fresconaza de quien os tengo hablado.

—Pues comenzad y no perdais tiempo.

—Ante todo, debo deciros, que tuve que valerme de mil trazas y embelecos para desorientar á Mari-Núñez, que es una picara redomada y un saco de malicias á quien no es fácil engañar; porque sus malditos celos le aguzan el ingenio y la traen siempre suspicáz y desvelada.

Una vez en la calle, y á favor de las tinieblas, pude llegarme recatadamente al postigo del jardin de Doña Ana, que dá al Arroyo: hecha la seña que tengo convenida con mi buena Lupercia, la puerta giró sobre sus goznes, dando paso y permitiéndome acercar al objeto de mis ánsias, que esperaba afanosa....

—Nada de eso viene á cuento, maese, y yo no he de cuidarme de vuestras trapisondas amorosas: debeis por tanto dejar á un lado lo que á vos atañe, y reduciros á narrar lo que me interesa.

—¡Despacio, señor, despacio! que no está bien á vuestra edad, tratándose de un asunto en que han de intervenir Cupido é Himeneo, demostrar esa impaciencia que sólo podría tolerarse á un mozo de pocos años.

—Pero, hombre; si vuestros razonamientos tienen tal pesadez y tal....

—Todo se andará, y explicándome con calma, quedareis enterado de cuanto concierne al asunto y de los pasos que debeis dar para acercaros á doña Ana y ser bien recibido por esta. Debo prevenir á usarcé, que lo primero ha de ser una entrevista que tengais con dicha dueña, á lo que se aviene de buen grado: siendo necesario que os mostreis dadivoso; pues debeis conocer el apego á la moneda que siempre tuvieron los servidores de ciertas damas que son escasas y tardías en el pago de sus salarios. Precedido de la dádiva, puede vuestra

merced entrar en materia y contar confiado con el agudo ingenio de la dueña, que sabrá disponer el ánimo de su señora para que os otorgue con su amor la ventura de llamarse esposa vuestra.

—¿Y cuándo he de ver á la tal dueña?

—Esta noche, despues del toque de Animas, enderezará vuesa merced hácia las esquinas del Arroyón; y pasando al lado de allá, bajará hasta topar con un copudo álamo que crece junto al postigo del jardin: en este susodicho postigo dareis dos pausados golpes; y si os contestaren, como lo harán, trepareis por el árbol hasta alcanzar la altura de la tapia desde donde podreis conversar descuidadamente con Lupercia.

—Paréceme, maese Pedro, que no habeis andado muy cuerdo en la manera de concertar mi entrevista con la dueña. Dado que dispone de la llave, mejor hubiera sido que me abriese el susodicho postigo para platicar sentado, en vez de hacer que á mis años me entregue á ejercicios tan impropios de mi edad, y que sólo estarían bien tratándose de algun barbilampiño mozalvete.

—No ha podido hacerse de otra manera, señor; la fama de vuestras amorosas aventuras pasadas ha llegado hasta sus oidos, y alarmada con razón....

—¡Eh! no prosigais, maese; tengo por cierto que ningun riesgo podría sobrevenir á la buena Lupercia, respecto de cuya virtud dicen bastante vuestras entrevistas en el jardin. Pero ya que no hay otro remedio, avéngome á trepar por el árbol, desde cuyas ramas departiré á guisa de mochuelo con esa recatada y virginal hermosura. Necesario es que su ama se avenga á recibirme en alguna cómoda estancia para hacerme olvidar las pudorosas exigencias de su servidora.

—Sí hará: y ahora, si lo deseais, voy á mandaros el almuerzo, pues el dia se entra á toda prisa.

Y con esto fuese el corpulento mesonero, pensando en los escudos que pasarían á su faltriquera desde la manoseada de D. Simón: amén de los que por su parte pudiera sonsacarle la bigotuda dueña de Doña Ana.

VII.

Quedóse algun tanto pensativo el feo caballero, y por las señas iba sospechando que la tal dama debía ser alguna encofetada buscona mal avenida con su escasa hacienda y que, de acuerdo con maese Pedro, procuraba encontrar un remedio á sus disimuladas privaciones. Pero dando al olvido todo otro pensamiento, cuidóse sólo de preparar su venganza; cuya idea le trajo preocupado y meditabundo durante el dia, esperando, asáz impaciente, que las sombras de la noche le permitiesen dar los primeros pasos en su proyectada aventura.

VIII.

Apenas se extinguieron los plañideros sonidos con que las campanas de los muchos monasterios que entonces contaba la ciudad, pedian á los vivos una plegaria por sus hermanos difuntos, cuando D. Simón salia de la posada embozado en su ferreruelo y bien calado el chambergo, despues de requerir su vieja espada por si ocurría la ocasión de manejarla en algun lance nocturno, cosa muy frecuente á la sazón y más en una ciudad cuyos moradores eran de suyo un tantico dados á pendencias en que no escaseaban las estocadas y cintarazos.

Llegado al postigo dió los golpes que se le previniera, y de allí á poco fuéle contestado por la dueña con una seca tosecilla, con que animóse á trepar por el robusto tronco del álamo sin perder tiempo y procurando ocultarse á las escudriñadoras miradas de alguna desocupada vecina, que por aquella parte pudiera entretenerse en averiguar lo que no le importára, pero que dar pudiera pábulo á sabrosos esparcimientos de vecindad.

Cabalgando en una frondosa rama y de pechos sobre la

tapia del jardín apercibió á la pudorosa Lupercia con quien entabló larga plática, encareciéndole su amor por Doña Ana y los honestos propósitos que acerca de la misma concibiera y mostróse generoso con la mediadora, no anduvo parco de promesas para lo sucesivo.

Ella, que ya sabía á qué atenerse, ofrecióle sus buenos servicios, prometiéndole que al siguiente día sería recibido por Doña Ana, porque para entonces cuidaría de tenerla bien dispuesta, venciendo antes todos sus escrúpulos y resistencias.

Un agudo silbido que allí cerca se dejara oír y que era, sin duda, el toque de llamada para algun otro departamento amoroso, hizo comprender al hidalgo que podía ser descubierto en su falsa posición, y por tanto apresuróse á abandonarla, descendiendo árbol abajo con toda la velocidad que sus años y contrahecha figura le permitieran.

Antes de salir á la calzada, parecióle divisar un bulto que se recataba en el umbral de otro postigo frontero y que al apercibirlo cercano, cruzó ligero la corriente, y sin darle tiempo á desenvainar púsole una mano al embozo, mientras con la otra dirigia la punta de su daga sobre la golilla del atribulado caballero.

—¿Quién sois y qué buscáis en este paraje?—preguntóle una colérica voz, pero fresca y juvenil.

—Me llamo D. Simón de Alcázar y soy un hidalgo que acostumbro acudir á esta ciudad siempre que se celebran sus renombradas fiestas en el Coso. Sabedor de que pronto se han de correr cañas, abandoné ayer la villa donde hago mi morada y...

—Basta; ménos palabras y apresuraos á satisfacer la segunda parte de mi pregunta: ¿de dónde venís á estas horas por una vía tan desusada?

—Como soy forastero, sólo conozco bien las principales calles y habiéndome alejado algun tanto del mesón donde me hospedo, extraviéme en la oscuridad y há largo rato que ando vagando sin que me sea dado topar con algun lugar conocido.

Desvanecidas las sospechas del jóven caballero, que no

era sino uno de los desdeñados amadores de Doña Ana, bajó su arma, que volvió tranquilamente á la vaina, y dando algunas excusas acompañó á D. Simón hasta dar vista al ahumado farol que apenas alumbraba una imagen de San Fernando, titular del mesón.

(Concluirá.)

EL MARQUÉS DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

LOS PARASITOS.

FÁBULA.

—
 Mirando un pez cómo su escama brilla
 Tal salto dió que se quedó á la orilla;
 Y aunque cayó entre yerba y ricas flores
 Murió lleno de penas y dolores.
La vanidad, lector, más de una vez,
Perdernos suele como al pobre pez.

JOAQUIN AMBROSIO PALACIOS.

LOS PARÁSITOS.

(Continuación.)

—Todo es difícil ó fácil, según la ocasión en que se intente— dijo con aire sentencioso la Sra. Prisca,—y la presente no es muy á propósito que digamos para que perdamos el tiempo en arrullar á esa paloma sin hiel con palabras melosas y esperanzas halagüeñas. Además acaso, y aun sin acaso, fuera más cuerdo y caritativo desengañarla de una vez, que no alimentar con nuestras palabras y acciones una ilusión, que ó mucho me temo ó nunca ha de alcanzar la pobrecilla.

—¡Cómo!—exclamó Indalecio encendido como la grana por extraordinaria emoción—¿eso crees tú de Juan Antonio? ¿Después de lo que ha pasado, después de haber comprometido á Eulalia á los ojos de todo el pueblo, después de haberla dado formal palabra de casamiento va á ser capaz de dejarla plantada, sabiendo además que va en ello, no sólo su felicidad y su decoro, sino hasta su vida? Pues si no logramos ni eso siquiera, ¿para qué trabajamos, para qué nos estamos cansando la cabeza y agotando el bolsillo en estas conspiraciones, para qué los informes secretos y las escursiones nocturnas y los tapujos y los?...

—Calma, hombre, calma y no seas tan vivo de génio. Yo no afirmo ni aseguro, como si fuese un Evangelio, lo que digo. Digo mi opinión franca y lealmente como Dios me dá á entender, y el que la quiera creer que la quiera.

—Ya, pero si tú lo crees así, además de que nos desanimas á los que estamos á tu lado, enseguida se nos ocurre que una vez perdida la fé y la confianza en tu empresa, ni vas á tra-

bajar con brío, ni emplearás todos aquellos medios que emplearías si estuvieses segura del éxito.

—Perded cuidado—repuso la Prisca con singular viveza—yo haré todo lo preciso... más acaso de lo preciso, convencida de que al hacerlo empleo, no sólo todos los medios, sino los únicos medios que pueden conducirnos al triunfo.

—¡Pero si dudas de alcanzarle!

—Aunque dude, no por eso trabajaré ménos, porque ya te lo he dicho muchas veces... á tí y á Eulalia os guia la pasión, pasión noble y justa si quereis, pero pasión al fin... mientras que á mí—añadió con voz casi enturbiada por las lágrimas la varonil ama de llaves—á mí me mueve otro impulso mucho más imperioso y más grave.

—¡Sí! la venganza...—insinuó Indalecio tímidamente y con cierta tristeza.

—No, Indalecio, te equivocas—replicó la Prisca con irritado acento levantándose del sofá;—no es la venganza... ¡es el deber!

—El deber... el deber... llámalo como quieras, pero siempre resultará que tú por un motivo ó por otro te has propuesto hundir á Juan Antonio, y con tal que lo consigas, todo lo demás se te importa un rábano, mientras que nosotros al contrario, en consiguiendo nuestro objeto, y me parece que no tenemos exigencias muy exorbitantes, le dejaríamos que se saliese con la suya en todo lo demás. Si á esto lo llamas pasión y á lo otro obra de misericordia, que venga Dios y lo vea.

—Dios sabe que al hacer lo que hago no hago más sino lo que debo—replicó la Prisca con acento solemne.—Y Dios sabe también—añadió—el trabajo que me cuesta hacerlo y la fuerza que necesito emplear para no retroceder en mi empresa. Pero tú y Eulalia y sus padres debíais también saber, porque me he cansado muchas veces la boca en decíroslo, que si aquí no se tratase más que de una cuestión de amorios y de palabras y de juramentos sentimentales, ni yo hubiera tomado cartas en el asunto ni me quebraría los cascos en arreglarle.

—¡Ya estoy, ya estoy! No creas que, por mi parte al ménos,

lo tengo olvidado; pero tambien nos digiste que tu plan, tu idea ó como quieras llamarlo... tus deberes ó tus obligaciones ó lo que sean, podian emparejarse con nuestros intereses... vamos... con los intereses de Eulalia; y que de un golpe, como quien dice de un tiro, podíamos matar dos pájaros... y ahora sales con que...

—No salgo ni entro en nada; vuelvo á repetiros lo mismo que os dije entonces; el único medio de que vosotros alcanceis vuestro objeto, es que alcance yo el mio.

—¡Eso es!

—Pues bueno, y vuelvo á mi tema; para lo que me falta que hacer, vosotros, por muy buen deseo que tengáis, más que de otra cosa, me servís de estorbo.

—¡Muchas gracias!

—Lo dicho; porque estoy segura de que al llegar el momento crítico, vais á suplicarme que me detenga y que suspenda dar el golpe.

—Si siquiera nos dijeseis. . ó me dijeseis á mí en qué consiste ese famoso golpe...

—¡Lo ves...! ya vuelves otra vez á meterte en lo que no te importa.

—Mujer... figúrate tú que el golpe consistiese en cualquier atrocidad muy gorda, en una... vamos... ó en un... ya sé que hasta eso no has de llegar por mucha rabia que le tengas, pero en fin... á veces...

—Pierde cuidado—contestó la Prisca con un gesto que, benévolamente interpretado, podía pasar por una sonrisa,—pierde cuidado, ya te he dicho que nadie más que yo tiene interés en que no se le tocase á un pelo de la ropa. Puedes estar tranquilo, no es ese el golpe.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Ni se han reunido las Cortes, como algunos esperaban, ni el estado de tranquilidad real ó aparente en que vivimos ha movido al Gobierno á dar fin á la suspensión de las garantías constitucionales. La prensa, pues, está sujeta á los gobernadores civiles, y aun cuando nosotros nunca habíamos de caer por propia voluntad en la ocasión de censura, el ejemplo de los castigos impuestos á varios periódicos, refrenaría los deseos más vivos de examinar lo pasado con espíritu libre ú hostil. Procederemos pues, cautamente en la breve consideración de los asuntos del día y encajaremos nuestras expresiones en lo que llaman moldes legales.

Todo el mundo conviene en que los acontecimientos de Badajoz, la Seo de Urgel y la Rioja, revelan un grave mal que corroe sordamente la disciplina del ejército. En pensar así concordamos los de una y otra parte de la política y aun los mismos ministeriales; sólo que, al penetrar en la realidad de los hechos y al inquirir su representación, ó surgen notables diferencias de juicio ó el temor de las censuras gubernamentales pone coto á la pluma. Mas esto mismo aviva el deseo de tratar del asunto y la esperanza de que cese pronto la suspensión de garantías para empezar á la hora un gran debate acerca del estado del ejército, de lo que pudiéramos llamar la etiología del mal y de su más apropiada terapéutica.

Claro es que, acudiendo á la consulta tantos doctores de tan distintas escuelas, no nos entenderemos y el fruto del debate será escaso. Pero algo saldrá digno del general conocimiento y algunas ideas provechosas prevalecerán, aun cuando no sean aplicadas luego con aquel ánimo varonil que el daño casi incurable requiere. De propósito hemos dicho casi incurable, porque bien sabemos cuán poco poder tiene el organismo político y social viviente para arrancar de cuajo ninguna de las malas semillas que germinan, brotan y prosperan en la civilización moderna. Las ciencias políticas y sociales, no es posible negarlo, ponen á la luz nuestros peligros y padecimientos, pero no consiguen curar ni uno solo de ellos, y esas ciencias que gozan de tan admirable desarrollo como hechos de carácter especulativo, apenas saben aplicar á los miembros gangrenados miserables cataplasmas.

Hablando de esto se nos ocurre considerar el proyecto del viaje del Monarca á varios distritos militares. No es que censuremos al Gobierno por haberlo aconsejado, antes bien creemos que puede ofrecer alguna

utilidad que las tropas conozcan de cerca á quien es su jefe natural y soberano. Pero ese suceso no es bastante para extirpar el cáncer de la indisciplina, aunque puede ser excelente preparación de otras medidas de más trascendencia y provecho. Lo difícil es dar con esas medidas y luego aplicarlas con alto espíritu, con intención justiciera y con esquisita habilidad. El general Martínez Campos, á quien tanto interesa el asunto como restaurador de la dinastía, como reformador del ejército y como ministro de la Guerra, tiene ante sí un ancho campo que labrar, de áspera y esquilmada tierra, en que la labor será dura y pesosa. Pero si tiene temple de buena ley, aun mejor que en los campos de batalla puede ejercitarlo ahora en el seguro de su gabinete.

El Rey ha visitado las principales guarniciones de Valencia, Cataluña, Aragón y Castilla la Vieja, y en todas partes, como era de esperar, el ejército ha manifestado calurosa adhesión. Los ministeriales dicen que la presencia y la palabra de D. Alfonso han producido en las filas excelente efecto y que hasta los mismos soldados, ayer insurrectos del regimiento de Numancia, dan hoy señales de sincero arrepentimiento. No nos cuesta trabajo alguno creerlo así, y aun los que miran estas cosas con mal espíritu, tampoco dudarán de ello, pues dirán que jamás el arrepentimiento anduvo muy reñido con la adversa fortuna. El Gobierno no ha tenido presente que, según Saavedra Fajardo, la reverencia es mayor desde lejos. Nos parece, que por casualidad y en este caso, tiene razón el Gobierno contra el dictámen del ilustre escritor.

Presumimos, y aun así se asegura, que el Monarca visitará los demás distritos militares de España, luego que acaben las fiestas de la inauguración del camino de hierro de Galicia, á que ha de asistir. Si hemos de creer lo que se dice, los revolucionarios hablan puesto sus asechanzas en el Mediodía de España, región por donde han venido las terribles bárbaras y las invasiones temerosas, sin excluir la de 1868; región también en que la *Mano negra*, las doctrinas socialistas, la masonería, las sectas heterodoxas y todos los elementos de discordia han tenido siempre fácil acogida. Aun cuando suele padecer sangrientas burlas la diligencia humana, notoria es su virtud y recomendable su continuo ejercicio, según se ha advertido en la ocasión reciente, y puesto que los enemigos de la monarquía y del orden social caminan de continuo, aunque en la sombra, los defensores de las instituciones no han de dormirse, si aspiran á cumplir sus deberes.

Está en pié despues de dos semanas, una cuestión que, en otras circunstancias sería un grave peligro. Acreditada ante el comun sentir la idea de que el Sr. Ruiz Zorrilla es el promovedor de los últimos sucesos, procede, conforme al derecho de gentes, á las costumbres internacionales y aun al bien parecer, su expulsión del territorio de la República Francesa, donde impunemente ha dispuesto una revuelta que ha costado la vida á cinco infelices ilusos. Parece que el Gobierno español reclamó oportunamente al de Grevy en este sentido, mas el Ministerio francés se niega á satisfacer la reclamación, valiéndose para justificarse de disculpas que son verdaderas tretas.

Europa está como asombrada por esto. Recuerda la expulsión del Duque de Madrid del territorio de la República, fundada en un mezquino motivo y que á todas luces era una vengancilla de mala ley. Porque

dicho príncipe no conspiraba, ni contra Francia, ni contra D. Alfonso, mientras que ahora el Sr. Ruiz Zorrilla es el director supremo de un movimiento insurreccional muy importante. De las secretas relaciones que se supone existen entre el tenaz emigrado y el Gobierno francés no hemos de decir cosa alguna, porque no consta su certeza, como no consta que en la depreciación sufrida por los fondos españoles haya influido el propósito de ganar dinero ó de procurarlo, á costa del país y de su honra, á la causa revolucionaria. Estos son misterios que ni aun la historia descubrirá jamás totalmente, y una publicación grave como la nuestra no puede entrar en cierto terreno, más propio de las polémicas de la prensa política.

De todas maneras resulta palpable la mala voluntad ó la falta de cortesía del Gobierno francés. Resulta evidentsísimo el desprecio con que nos mira, ya por nuestro carácter de nación monárquica y católica, ya por entender que todavía no tenemos valimiento en los consejos de Europa. Puede ser que pretenda vengarse de las dolorosas sospechas promovidas allende el Pirineo por el proyecto del viaje de D. Alfonso á Alemania, considerado como preliminar de una alianza entre los Gabinetes de Berlín, Viena, Roma y Madrid. Si fuera esta la causa de la actitud de Francia, ó mejor dicho de su Gobierno, bien demostraría la incapacidad y torpeza de los hombres que están al frente de esa nación infeliz. Porque fuéales más provechoso aplacar justas iras que fomentarlas y proceder blandamente en vez de revolverse airados contra nosotros. Grevy, Ferry y Challemel-Lacour, han de estimarnos en poco ó están ciegos del todo, cuando de esa manera engrasan por sí mismos la pendiente por donde pueden marchar los sucesos.

Caso grave es este de las alianzas, que merece madura reflexión y prudentísima reserva. Pero muy bajo ha caído Francia por ministerio de la vil República, cuando los españoles católicos, monárquicos y conservadores no ven con gran alarma ó disgusto (sino es que lo solicitan) el apartamiento de dos países á quienes juntaron vínculos estrechos y que España figure al lado de una potencia lejana por la situación geográfica, por la raza, por la lengua y por la Religión. Mas este es el poder dañino de los principios revolucionarios, que tuercen el curso de la historia.

La prensa madrileña, en la forma que hoy consienten las cosas, está muy dividida por pareceres contrarios en lo que toca al viaje á Alemania. La disputa vehemente en que ahora se ejercitan los periódicos alemanes y franceses, y que parece precursora de una terrible guerra general, nos trae á todos en perenne alarma y nos hace pensar si el viaje ocasionará peligros gravísimos. Porque si se tratara de que el jefe del país visitase al Emperador Guillermo y asistiese á las grandes maniobras militares del ejército alemán, el asunto no tendría importancia; pero es el caso que hay empeño, quizá injusto, de dar otro alcance y distinta significación á este hecho. Si el consejo valiera, nosotros diríamos, que si el viaje no tiene importancia política, no debe emprenderse, y si la tuviere, y se creyese oportuno y provechoso, no debe de suspenderse por oír con oídos harte piadosos el clamoreo de la prensa de París y de los revolucionarios españoles.

De todos modos, puesto el pensamiento en el amor de la pátria, pedimos á Dios que, en este trance dé luz, prudencia y acierto esquisi-

to, á los que han menester de estos dones para no alterar inútilmente la paz en que vivimos con las naciones extranjeras.

Sólo por dar cuenta, no ya de lo que ocurre, sino de los asuntos generales, diremos que en estos días se habla mucho de crisis. Porque tan en las costumbres políticas está el suponer la existencia de la crisis, que jamás, ni por un sólo día, desaparece este tema de las columnas de los periódicos, sobre todo, desde el advenimiento del partido fusionista, viviendo siempre en perpétua crisis. Con todo, se dice que ahora va de veras, mas á nosotros nos tienen tan aleccionados las falsas nuevas de crisis, que estamos resueltos á no creer en ella, mientras no aparezcan en la *Gaceta* las cesantías y nombramientos correspondientes. Porque, es de advertir, que la izquierda, mal dirigida y presa de una lucha intestina, no está hoy para subir al poder, si no media algun atolondramiento indisculpable, y los conservadores, dichos y expertos en estas cosas, no deben solicitarlo mientras no resuelva el Sr. Sagasta los graves apuros en que anda metido.

Llenan hoy todos los ámbitos del mundo los tristes ecos de esta noticia: el Conde de Chambord ha muerto. Su larga agonía ha sido el último prolongado dolor que la Providencia puso en su carrera de martirio. Rey, sin otra corona que la de punzantes espinas, monarca de los corazones y no de territorio alguno, soberano de las almas, sin un solo granadero que le defendiese, mereció que sus adversarios le llamasen *el último Rey caballero*.

No es dolor fingido, ni retórico, ni efecto de esa especie de honroso contagio que domina hoy en todos los corazones, el que sentimos los católicos españoles. El Conde de Chambord era como príncipe nuestro, y al morir, arranca de nuestros ojos lágrimas verdaderas.

Este espectáculo, de duelo casi universal, refrigerará las almas en que ya ni aún la esperanza habitaba, y nos reconcilia con el mundo, donde aún tiene altares la virtud. Murió Napoleón sin que aquella tierra que dominó y ensangrentó se estremeciera: murieron Luis Felipe, D. Carlos de Borbón, Luis Bonaparte, Carlos Alberto y otros infelices coronados, sin que apenas lo advirtieran las gentes, pero esta última muerte tiene el privilegio de producir el estremecimiento moral de Europa. Un solo caso, superior en extensión y en intensidad, ha ocurrido en este siglo, al morir Pío IX, y es que Pío IX y Enrique V son las dos grandes figuras de nuestros tiempos.

Duélenos ahora más que nunca la censura que espíritus sanos y rectos hicieron del nieto de Carlos X cuando sacrificó la corona de Francia por no romper la bandera blanca. En esta misma REVISTA lo hemos dicho hace poco y con íntimo convencimiento: hizo bien. Y ahora lo repetimos y creemos que no podemos hacer mejor elogio del príncipe cuando su cadáver vá á bajar á la tumba. En este siglo de las mñaseras pequeñeces no se estiman los sacrificios heroicos, atentos como estamos más á los pormenores del momento que á las síntesis históricas.

Si por temor á un porvenir oscuro ó por otras causas cuya justicia no quiero desconocer, enflaquece la integridad de nuestros principios,

seamos justos con los fortísimos varones que nunca dieron señales de flaqueza, aun á trueque del sacrificio de una corona y de un derecho. Si el negarse á las transacciones propuestas por los jefes de la Asamblea Nacional hubiera sido obra del egoísmo, Enrique V merecería el eterno desprecio del género humano, mas reconociendo aquel acto otra muy alta causa, el sacrificio no desmerece, ántes bien raya en lo heroico.

Hay hombres, quizá los más monárquicos, aquellos que aman la monarquía como principio y como sentimiento, en quienes la muerte de Enrique V producirá un gran cambio. Consideran que acaba de fenecer el gran principio de la realeza tradicional y le llevarán duelo eternamente y no abrazarán ningun otro. Y es cierto que no cabe ya otro amor, sino es el de aquella monarquía puesta por Jesucristo en el mundo para regir espiritualmente á los hombres. Y es cierto tambien que á no pocos costará trabajo sustituir el homenaje hácia una raza de mártires (Luis XVI, Luis XVII, Carlos X, Enrique V) por el de otra raza cualquiera.

Y aquí se suscita la gran cuestión de la herencia política del Rey difunto. Creemos sinceramente que deben aceptarse los sucesos segun Dios disponga, y creemos que nos obliga nuestra conciencia de católicos y monárquicos á no empequeñecer la grandeza de estos instantes, quizá decisivos para Francia y para el mundo, suscitando dudas, recordando negros agravios, atendiendo más al pasado que á lo venidero. Importa mirar los sucesos con espíritu de concordia, juzgar á los hombres con la hidalgua propia de todo corazón generoso y desprendernos de preveniciones que el mismo Enrique ha desvanecido con ejemplar nobleza.

En 4 de Agosto de 1873 el Conde de París y el Príncipe de Joinville llegaron á Viena y el último fué solo á Froshdorf, donde fué recibido por Enrique V, á quien entregó esta nota:

«El señor Conde de París cree, como el señor Conde de Chambord, que es preciso que la visita proyectada no dé lugar á ninguna falsa interpretación. Quiere declarar al acercarse al Conde de Chambord, que su intención no es sólo saludar al Jefe de la Casa de Francia, sino reconocer el principio que el señor Conde de Chambord representa. Él desea que Francia busque su salvación volviendo á ese principio y se acerca al Conde de Chambord para darle la seguridad de que no hallará ningun competidor entre los miembros de su familia.»

Al dia siguiente, el Rey recibió la visita del Conde de París, le acogió cariñosamente y le hizo sentar á su lado. El Conde de París pronunció entonces estas palabras:

«Señor, vengo á hacer á V. M. una visita que yo deseaba hace mucho tiempo. Vengo en mi nombre y en el de todos los individuos de mi familia á saludar en vos, no sólo al jefe de nuestra Casa, sino al único representante en Francia del principio monárquico. Tengo la esperanza de que un dia comprenderá la nación francesa que en ese principio, y sólo en él, está su salvación.»

El Rey abrazó á su sobrino y vertió dulces lágrimas. La reconciliación de ambas ramas, quedó de este modo hecha, firmada y sellada.

Las palabras del Conde de París que hemos transcrito pueden ser el testamento de Enrique, que de antemano trazó hidalgua y desinteresadamente su mismo heredero. No se conoce aún la voluntad testamentaria

del nieto de Carlos X, pero se cree que habrá nombrado sucesor al nieto de Luis Felipe.

Nosotros, si es así, sólo tenemos que pedir á Dios, que nos haga olvidar para siempre que los Orleanses se llaman Orleanses.

Ultima hora.—La crisis está planteada por no convenir las opiniones de los ministros en lo que toca al viaje de Alemania, á la suspensión de las garantías constitucionales y á la reforma del ejército.

Se habla de que la crisis se resolverá otra vez á favor del Sr. Sagasta, á quien se confiará el encargo de formar ministerio. Pero no falta quien supone que esta será obra del Sr. Posada Herrera y acaso del Sr. Martos.

Dios sobre todo.

JUAN CATALINA GARCÍA.

MISCELANEA

EL PROGRAMA DEL CONDE DE CHAMBORD.

I.

UN BRINDIS.

En el banquete realista celebrado el 2 de Octubre de 1881 en Angers, M. J. Hervé-Bazin, profesor de economía política en la Universidad católica de aquella ciudad, pronunció el siguiente brindis, que reprodujeron con elogio la mayor parte de los diarios legitimistas de Francia:

—«Es necesario marchar adelante, dijo. Ha llegado la hora de decir á la nación lo que queremos.

»En todas partes se habla del Rey. Es necesario también que se hable de su programa. Vosotros, que conocéis este programa, sabéis perfectamente cuánto interés tenemos todos en que sea conocido. El Rey lo dijo: «la verdad nos salvará; pero la verdad toda entera.»

»Con el Rey, y como él, queremos un gobierno representativo y la alianza fecunda de los principios monárquicos con las libertades nacionales. Jamás, jamás la Monarquía de Enrique V será una Monarquía absoluta.

»Con el Rey, y como él, queremos una Cámara de diputados elegida por sufragio universal, honradamente practicado, sin fraude ni presión, como en 1788, y queremos una Cámara alta nombrada por el poder ejecutivo en las categorías determinadas por la ley.

»Con el Rey, queremos la igualdad ante la ley y el libre acceso de todos los méritos á los honores y á los empleos públicos.

»Con el Rey, queremos la libertad religiosa y la unión de las dos sociedades perfectas: el Estado y la Iglesia.

»Con el Rey, queremos la independencia de la magistratura.

»Con el Rey, queremos la libertad de enseñanza.

»Con el Rey, queremos la libertad de asociación, sabiamente regulada por las leyes.

»Con el Rey, queremos la protección legítima de los intereses agrícolas é industriales.

»Con el Rey, queremos la descentralización administrativa, esa descentralización que significa el respeto y la extensión de las franquicias provinciales y municipales.

»Con el Rey, en fin, queremos alianzas continentales y el restable-

cimiento, sobre las ruinas de la república, del antiguo prestigio de la nación francesa.

»Hé aquí á grandes rasgos, por decirlo así, el programa de la Unión monárquica; y os pregunto ahora: ¿fué presentada nunca una Carta tan magnífica á un pueblo en prueba de reconciliación?

»Así las libertades individuales, civiles y religiosas, la gerarquía social fundada en el mérito, la corona hereditaria en la casa de Francia, y en fin, la unión espontánea del derecho monárquico y de las leyes del reino, he aquí el programa político que en nombre del Rey y enfrente de la República opresora y violenta, presentamos á la nación.

»¡Ah! señores, enseñad á todos este hermoso programa. Mostrádselo al pueblo: mostrádselo á la clase media, cuyas desconfianzas disminuyen felizmente de día en día. Decidles que si quieren recobrar la libertad, la seguridad, la influencia que les es debida y que la República les arrebató, ha llegado la hora de que se unan lealmente al principio monárquico. Decidles que no encontrarán nunca un defensor más enérgico de sus libertades, que el Príncipe que escribía hace poco: «Franceses: fundaremos, cuando queráis, un Gobierno conforme á las necesidades de la patria, y emprenderemos de nuevo juntos, devolviéndole su verdadero carácter, el movimiento nacional de fines del último siglo.»

»Y si se os habla de la bandera, no guardéis silencio.

»Con el Rey respetamos todas las glorias de la patria, y los realistas han probado que saben morir por Francia al lado de la bandera tricolor, en los llanos de Orleans, de Patay ó de Soigny. Pero recordad también todas las glorias de la bandera blanca... Nosotros le debemos, señores, lo que somos, ó mejor, lo que éramos ayer, antes de la derrota, porque la bandera blanca ha tenido el grande honor de no permitir jamás al extranjero que disminuya las fronteras de la patria.

»Y entre tanto, señores, debemos volver á ser hombres de acción, debemos volver á la propaganda realista.

»Debemos procurar llevar la convicción á los espíritus, y pronto, yo lo espero, confundiendo en un mismo anhelo todas las glorias de lo pasado, viviendo todos en las mismas esperanzas y marchando estrechamente unidos, como hijos de una misma patria, formaremos una masa compacta que las violencias oportunistas no lograrán vencer.»—

II.

LA INTRODUCCION Á UN FOLLETO.

Para disipar las dudas de la prensa conservadora liberal especialmente, y en general para desvanecer las preocupaciones que existen en Francia acerca del programa del señor Conde de Chambord, ha creído M. Hervé-Bazin que debía probar con textos irrecusables que el pensamiento expuesto en el brindis del día 2 de Octubre de 1881 es el pensamiento del augusto Jefe de la Casa de Francia. De aquí la publicación de un folleto de 138 páginas en 8.^o cuya portada dice así:—*La Monarchie selon le programme du Roi par F. Hervé-Bazin, Conseiller*

municipal d'Angers. — Paris. — Bray et Retaux, libraires editeurs, — 1882.

El autor coloca al frente de este folleto las siguientes palabras del opúsculo, publicado por M. de Chateaubriand en 1817, con el título de *La monarchie selon la Charte*:

— «Francia quiere á su Rey legítimo.

»Hay tres maneras de querer al Rey legítimo:

»1.º Con el antiguo régimen;

»2.º Con el despotismo;

»3.º Con la Carta.

»Con el antiguo régimen existe imposibilidad.

»Con el despotismo es necesario tener, como Bonaparte, 600.000 soldados adictos, un brazo de hierro, un espíritu inclinado á la tiranía, y no veo nada de esto. Sé bien cómo se establece el despotismo: no sé cómo pueda encontrarse un déspota en la familia de los Borbones.

»Queda, pues, la Monarquía con la Carta.

»Esta es la única buena hoy. Es además la sola posible; esto resuelve la cuestión.»—

Comentando estas palabras de M. de Chateaubriand, en realidad tan claras y explícitas como las que M. Hervé-Bazin pronunció el 2 de Octubre en Angers, escribe el autor del folleto las siguientes líneas:

— «Hoy, como en 1817, Francia quiere á su Rey legítimo, y una Monarquía representativa que realice, según la feliz expresión de Enrique V, la alianza duradera y fecunda de los principios monárquicos y de las libertades nacionales.»—

El folleto se halla dividido en cuatro partes: en la primera se trata de las cuestiones políticas; en la segunda, de las civiles; en la tercera, de las económicas, y en la cuarta, de las administrativas.

III.

PROGRAMA POLÍTICO.

Dijo el señor Conde de Chambord en su manifiesto de 5 de Julio de 1881:

— «Franceses, fundaremos, cuando queráis, un Gobierno conforme á las necesidades de la nación... y emprenderemos de nuevo juntos, devolviéndole su verdadero carácter, el movimiento nacional de fines del último siglo.»—

M. Hervé-Bazin escribe:— «Así la Monarquía de Enrique V se enlazará al gran movimiento nacional que se manifestó desde principios del reinado de Luis XVI, y que vino á estrellarse en los perjuicios, las ambiciones desenfrenadas, los caprichos sanguinarios y las sañas irreconciliables del 92 y del 93.»—

En seguida pregunta:— «¿Cuál es el pensamiento del Rey?»— Y contesta:— «Lo que el Rey entiende emprender de nuevo no es el movimiento filosófico, volteriano, escéptico, destructor, y aun menos el movimiento revolucionario que condujo á Francia al terror y á la más espantosa servidumbre; es el movimiento de reformas saludables, podemos llamar-

las necesarias, que Luis XVI fomentó con toda su autoridad; el despertar de los espíritus; la aspiración hácia tiempos nuevos; las transformaciones económicas en la industria y en el comercio, que caracterizaron al fin del último siglo.»—

Explicando más y más este pensamiento, dice que el señor Conde de Chambord daría satisfacción á los deseos manifestados unánimemente por los tres brazos de los Estados generales en 1788 y 1789.

Ahora bien, los Estados generales pidieron entonces:

- 1.º La continuación del régimen monárquico;
- 2.º La Corona hereditaria en la familia de los Borbones;
- 3.º La persona del Rey inviolable y sagrada;
- 4.º El mantenimiento de la religión católica como la base más propia de la sana política;
- 5.º La reunión periódica de los Estados generales al ménos cada tres años para votar los impuestos públicos é inspeccionar los gastos;
- 6.º El pleno poder ejecutivo en el Rey; el poder legislativo ejercido colectivamente por el Rey y los Estados generales.
- 7.º La libertad individual y la inviolabilidad del domicilio. Así decían:—«Ningun ciudadano podrá ser preso ni su domicilio violado, en virtud de órdenes del poder ejecutivo.»
- 8.º La libertad y el fomento de la enseñanza;
- 9.º El libre acceso para todos los méritos á todos los empleos, sin privilegio, sin favor y sin nepotismo. Ningun ciudadano, ni aún militar, podrá ser separado de su destino sin formación de causa;
10. El poder judicial independiente de todo acto del poder ejecutivo;
11. El establecimiento de los Consejos generales, y el restablecimiento para el Clero de los sínodos provinciales;
12. En fin, la libertad de los Ayuntamientos; las franquicias provinciales y comunales puestas bajo la salvaguardia del Rey.

¿Bajo qué forma se establecería la Monarquía en Francia? pregunta M. Hervé-Bazin.

El señor Conde de Chambord dijo el 2 de Julio de 1874: «La Monarquía cristiana y francesa es en su esencia misma una Monarquía templada.»

Ya antes habia dicho en 1869: «Francia reclama con buen derecho las garantías del Gobierno representativo, honrada, lealmente practicado, con todas las libertades y toda la inspección necesarias. Un Gobierno que hace de la honradez y de la probidad política la regla invariable de su conducta, lejos de negarse á conceder estas garantías, debe, por el contrario, buscarlas sin cesar. Para la Monarquía tradicional, gobernar es apoyarse en las virtudes de Francia.»

Desarrollando esta parte de su programa, decía en 1866: «Francia quiere un poder fundado en la herencia monárquica, respetado en su principio y en su acción, sin debilidad y sin arbitrariedad; el Gobierno representativo en su poderosa vitalidad; los gastos públicos seriamente inspeccionados; el reinado de las leyes, el libre acceso de todos á los empleos y á los honores, la libertad religiosa y las libertades civiles consagradas y fuera de toda duda, y la administración interior libre de las cargas de una centralización excesiva.»

M. Hervé-Bazin, dice, comentando estas palabras del Sr. Conde de

Chambord, que los Sres. Guizot y Royer-Collard han definido con bastante exactitud el verdadero régimen representativo que conviene á Francia. Luego veremos cómo entienden los Sres. Guizot y Royer-Collard el sistema representativo.

En 5 de Julio de 1871 dijo el Conde de Chambord que daría por garantías de las libertades públicas la existencia de dos Cámaras. En 2 de Julio de 1874, añadió:

«La Monarquía templada consiente la existencia de dos Cámaras, de las cuales una es elegida por el Soberano en determinadas categorías, y la otra por la nación, según la forma de sufragio determinada por la ley.»

En 5 de Julio de 1871, conservando en su manifiesto las garantías representativas, dijo que una de estas garantías sería «el sufragio universal honradamente practicado.»

Respecto de la elección de los Ministros y de la responsabilidad ministerial, la teoría del Sr. Conde de Chambord no difiere un punto de la que expuso últimamente el Emperador Guillermo de Alemania en su carta á su Ministro de Estado. Los Ministros serán Ministros del Rey, no de las Cámaras, y por lo tanto responsables ante el Rey, no ante las Cámaras.

IV.

LA POLÍTICA DE ATRACCIÓN.

En 1871 dijo el Conde de Chambord:

—«Yo no soy un partido, y no quiero volver para reinar sobre un partido. No tengo ni injurias que vengar, ni enemigos á quien echar á un lado, ni fortuna que rehacer, sino la de Francia, y puedo elegir en todas partes á los obreros que querrán lealmente asociarse en esta grande obra.»—

En 1866 habia escrito á M. de Saint-Prieto, lo siguiente:

—«Una de las primeras necesidades de Francia es la unión. La única política que conviene es la política de conciliación, que una en vez de separar, que dé al olvido todas las antiguas diferencias, que haga un llamamiento á todas las adhesiones, á todos los méritos, á todos los nobles corazones que amando á su patria como á una madre, la quieren grande, libre, feliz y respetada.»—

Esta política de atracción ha sido siempre la política del Sr. Conde de Chambord. Ya en Enero de 1851 este Príncipe escribió á Berryer lo que sigue:

—«Habeis expresado admirablemente mis sentimientos. Esa política de conciliación, de unión, de fusión que con tanta elocuencia habeis expuesto, es la mía; política que olvida todas las divisiones, todas las recriminaciones, todas las oposiciones pasadas, y quiere para todo el mundo un porvenir en que todo hombre honrado se sienta en plena posesión de su dignidad personal.»—

Estas palabras nos traen á la memoria aquellas otras tan parecidas que consignó el Sr. Duque de Madrid en su carta á su hermano D. Alfonso, cuando dijo:

—«Decir que aspiro á ser Rey de España y no de un partido es casi una vulgaridad; porque ¿qué hombre digno de ser Rey se contenta con serlo de un partido? En tal caso se degradaría á sí propio, descendiendo de la alta y serena región donde habita la Majestad, y á donde no pueden llegar rastreras y lastimosas miserias. Yo no debo, ni quiero ser Rey sino de todos los españoles; á ninguno rechazo, ni aun á los que se digan mis enemigos, porque un Rey no tiene enemigos; á todos llamo, hasta á los que parecen más extraviados; y los llamo afectuosamente en nombre de la patria; y si de todos no necesito para subir al trono de mis mayores, quizás necesite de todos para establecer sobre sólidas é inmovibles bases la gobernación del Estado, y dar fecunda paz y libertad verdadera á mi amadísima España.»—

EL GOBIERNO REPRESENTATIVO SEGUN GUIZOT Y ROYER COLLARD.

En *Le Gouvernement representatif*, pág. 22, dice M. Guizot:

—«El Gobierno representativo puede ser considerado bajo dos puntos de vista muy diferentes, y de la diferencia de estos dos puntos de vista depende en gran parte la opinión que se forme de su naturaleza y de sus efectos.

»La introducción de un poder electivo es realmente lo que constituye y caracteriza este género de gobierno: los que admiten la soberanía del pueblo, es decir, los que creen que el pueblo debe y puede gobernarse á sí mismo, se ven obligados á reconocer que no hay otro poder legítimo que el electivo. No examinaremos aquí si este poder, una vez constituido, tendría necesidad, para permanecer legítimo, de ser confirmado cada día y para cada uno de sus actos, si no debiera ser constantemente revocable y responsable, y si, para que la doctrina de la soberanía popular fuese seguida de consecuencias, la sociedad toda entera no debería estar perpétuamente ocupada en gobernar á su Gobierno. Nos limitamos á decir que considerar el poder electivo como el único legítimo, es adoptar explícita ó implícitamente la doctrina de la soberanía del pueblo.

»Por esto se vé lo que debe pensarse de esta vana teoría de la división del contrapeso y del equilibrio de los poderes, que arroja aun tanta confusión en nuestras ideas políticas. Segun esta teoría, el Gobierno y los Diputados están en un estado permanente de hostilidad, ó mejor dicho, el Gobierno mismo está compuesto de elementos enemigos que sólo están en relación para combatirse, con el pretexto de centralizarse combatiéndose. Se sostiene este principio por ficciones; tan pronto la Cámara de los Pares es un mediador constantemente ocupado en impedir al poder real y al poder popular que venga á las manos; tan pronto es el hierro que separa y une al mismo tiempo los dos platos de la balanza. ¡Tantas imponentes imágenes que desnaturalizan las realidades sin corregirlas, que los hechos desmienten en todas partes, y cuya ilusión resulta evidente tan pronto como se penetra en el fondo de las cosas! Se vé entonces que este pretendido equilibrio produce sólo una ver-

dadera lucha que deba necesariamente acabar ó por la destrucción del más débil de los elementos opuestos ó por la fusión y la unión real de estos poderes destinados en apariencia á equilibrarse.

»Desde que se separan estas nociones figuradas, el mecanismo de los gobiernos mixtos parece sencillo y fácil de explicar.

»Cuando gobiernos de este género han llegado á la madurez, hay en ellos unidad de acción. Entonces, sólo entonces el poder soberano, único en el fondo, aunque dividido en la apariencia, está sometido por su organización interior á ciertas condiciones que establecen en su propio seno límites que no pueden traspasar ni desconocer las fuerzas con que obra. Tal debe ser, tal debe necesariamente resultar, en los gobiernos representativos, la organización del poder legislativo. Según la teoría del equilibrio de los poderes, el Rey tiene el Gobierno; la Cámara de Diputados es la oposición, y la Cámara de los Pares el mediador. En realidad, por el contrario, el Rey, la Cámara de los Diputados y la Cámara de los Pares forman un sólo y mismo poder que gobierna con las fuerzas de estos tres elementos reunidos. A este punto ha llegado el Gobierno representativo en Inglaterra, y tal es su teoría real. La autoridad del Rey no ha sido invadida y reemplazada por la de las Cámaras; no son las Cámaras las que gobiernan; no son las Cámaras las que hacen y deshacen ministerios. El Gobierno ilustrado por la experiencia de los peligros de permanecer colocado fuera de las Cámaras y de tener así que dirigir ó combatir poderes extraños, ó enemigos si no son serviles, obstáculos terribles en caso de enemistad, apoyos sin fuerza y sin consistencia en caso de servilismo, se decide, sábiamente á tomar asiento en las Cámaras mismas, á establecer en ellas el centro de su acción y á gobernar, en fin, en medio de ellas y por ellas.»—

M. Royer-Collard dijo en el discurso citado por Hervé-Bazin:

—«La Monarquía reconstituida por la Carta es una Monarquía mixta, en la cual muchos poderes concurren con el poder real.

»Entre muchos poderes que concurren, la fuerza de las cosas y la necesidad de la unidad hacen predominar más ó menos uno de estos poderes, que adquiere sobre los otros una influencia más ó menos franca.

»Nadie duda de que en nuestro Gobierno la influencia de dirección deba permanecer el poder real.

»La Cámara forma parte del Gobierno del Rey y así relativamente á este Gobierno no viene de fuera y como enviada, sino que está soldada en su interior por el Príncipe mismo, como una modificación y una limitación de su propio poder.

»Se ha hablado de libertades de la nación, Se trata únicamente de la garantía que se les dá, y de la gran solidez de esta garantía. Ahora bien, la garantía de las libertades nacionales reside en el Gobierno todo entero, en la Monarquía, lo mismo que en las Cámaras, y en la Cámara hereditaria lo mismo que en la electiva: es el resultado del conjunto y de la armonía de los poderes.

»Todo aumento en la importancia política de la Cámara electiva, lejos de acrecentar esta garantía, como parece que se cree, la debilitaría, y tanto más cuanto más considerable fuese este aumento. Si no llega hasta el extremo que de simples mandatarios de las Córtes que somos, nos convirtiéramos en mandatarios del pueblo, teniendo el derecho de

hablar y de obrar en su nombre, entonces quizás los derechos y las libertades de la nación estuviesen en verdadero peligro.

»La usurpación de la representación precedió á todas las otras, las mejoró quizás en parte, y fué ella también quien las hizo tan fáciles.

»No entreguemos á las pasiones esta arma terrible cuyo alcance incalculable puede engañar las intenciones más puras y hacer traición á las manos más fieles.» —

(Se concluirá.)

EL CONDE DE CHAMBORD.

En 13 de Febrero de 1820 era víctima del puñal el Duque de Berry, hijo del Conde de Artois, y hermano de Luis XIII, á la sazón Rey de Francia. Ni aquel Príncipe, ni su hermano mayor el Duque de Angulema, tenían hijos, por lo que se creía que, al morir el Rey, quedaba extinguida la rama primogénita de la Casa de Francia.

Pero cuando aún duraban las demostraciones de dolor provocadas por la catástrofe sangrienta, corrió la noticia de que Carolina, Duquesa de Berry, estaba en cinta. El hijo póstumo del Duque recibió el nombre, aún antes de nacer, de *Hijo del milagro* y las esperanzas monárquicas se enardecieron y reavivaron. Todos los buenos franceses veían en el niño que nació en 29 de Setiembre de 1820, el anillo de oro que enlazaba la dinastía del pasado con la Monarquía del porvenir.

Las manifestaciones de amor que rodearon la cuna del tierno Príncipe, al que se dió el título de Duque de Burdeos (por haber sido esta ciudad la primera que enarboló la bandera de la restauración), fueron extraordinarias y anunciaban días de perdurable ventura para la Casa de Francia. Los dos grandes poetas, Lamartine y Victor Hugo, cantaron el natalicio del Príncipe, y el ilustre Chateaubriand trajo el agua del río Jordán con que se le bautizó. Las vendedoras del mercado le ofrecieron una cuna riquísima y una suscripción nacional le regaló el histórico y artístico castillo de Chambord, cuyo título había de llevar más tarde el que nació Delfín de Francia.

Las tormentas revolucionarias desvanecieron á los diez años del suceso las risueñas esperanzas que suscitara. El motín triunfante expulsó á Carlos X, y aunque este abdicó la corona en su nieto, los Orleans subieron á un trono que no les pertenecía, prefiriendo Luis Felipe á la gloria de conservar la Monarquía legítima, la utilidad de ser Rey, aunque no para siempre.

Desde entonces, aquel inocente niño vivió desterrado de su patria. Aunque sus enemigos dijeron lo contrario, es indudable que recibió una educación brillantísima, que hicieron mejor los viajes y el trato de gentes. Visitó y estudió casi todos los países de Europa, captándose en to-

das partes, por su talento culto y distinguido y por la bondad de su alma, las simpatías generales, conservando, caso extraño, el amor de sus partidarios.

Y sin embargo de esto, Enrique V nunca quiso asociar su autoridad y su nombre á los proyectos de derribar á Luis Felipe. Odiaba la guerra civil y esperaba que le llamaría la fuerza misma de los acontecimientos. Su madre, mujer heroica y de varoniles resoluciones, pensaba de otra suerte y una vez penetró en Francia para ponerse á la cabeza de una insurrección en las provincias legitimistas. Mas cayó en poder de los esbirros del Gobierno y fué puesta en duro cautiverio, y lo que es peor vilmente deshonrada.

El Conde de Chambord pasó dignamente su vida en el destierro. Le acompañaba un hombre de honor, el general Conde de Damas, mientras mantenía estrechas relaciones con las notabilidades de su partido. Chateaubriand (el primero que dijo, dirigiéndose á la Duquesa de Berry: *Señora, vuestro hijo es mi Rey*; frase que por varias circunstancias llegó á ser la bandera del partido legitimista), Berryer, Larcy, Fitz James, Pastoret y otros.

En 28 de Junio de 1841 y á consecuencia de una caída quedó cojo, imperfección que le quedó para siempre, aun cuando no dañaba gran cosa á su apostura, una de las más bellas, inteligentes y distinguidas que se han visto en las cortes europeas. Ya por entonces comenzó la agitación del partido legitimista, que revivió, creció y se hizo fuerte, sobre todo, merced á la elocuencia incomparable y grandes dotes del célebre Berryer.

Se casó en 1846 en Gratz, con María Teresa, de la Casa Ducal de Módena, de la que no ha tenido sucesión, y eligiendo desde entonces como mansión favorita, el castillo de Frohsdorff. Por eso se llama *el desterrado de Frohsdorff* al nieto de San Luis, de Enrique IV y de Luis XIV.

La noticia de la caída de Luis Felipe no le hizo cambiar de conducta en cuanto á los medios de recobrar el trono. Conoció, lo mismo que todos los hombres previsores, que la elección de Luis Bonaparte para la Presidencia de la República acabaría con esta, y ni aun tampoco entonces se prestó á cierta clase de manejos para impedir el restablecimiento del imperio cesarista. En sus cartas, en sus conversaciones con los numerosos personajes de su partido que le visitaban, dijo siempre: «Amo á mi patria, pero no ensangrentaré su suelo.»

No cambiaron esta política expectante la caída de Napoleón, ni los sucesos á que dió origen. Hubo un día en que estuvo á punto de recibir la Corona de Francia de manos de la Asamblea Nacional, pero la rechazó cuando se le exigieron condiciones que él consideraba incompatibles con su conciencia. Este acto ha sido juzgado de muy distinta manera, pero no puede negarse que fué heroico. Pocos hombres, pocos príncipes hubieran hecho lo mismo, y aunque ahora no pretendemos juzgarle, no por eso dejamos de declarar que el heroísmo del Conde de Chambord en aquellas circunstancias fué superior á otros géneros de valor que se aplauden y enaltecen.

Es un misterio aún lo que ha dispuesto en sus últimos días respecto á su sucesión política. Pero la confianza en su talento, en su discreción,

en su honradez y en su patriotismo, es tan grande, que ningun monárquico duda de que sus resoluciones serán las más acertadas.

El Rey caballero deja grandes ejemplos á la imitación de sus iguales.

EL «BLANQUERNA» DE RAIMUNDO LULIO.

Este peregrino libro, tan alabado por los doctos, y del que hemos hecho una corta tirada, consta de dos elegantes tomos impresos en casa de Aguado, y se vende por el precio de *seis pesetas*. Mas, queriendo nosotros tener alguna consideración con aquellos de nuestros suscritores, que no lo son desde que la REVISTA se fundó, y que no han podido, por tanto, recibir el *Blanquerma*, á éstos les daremos dicha obra por *cinco pesetas*, siempre y cuando (nos dirigimos ahora á los de provincias), envíen por delante el importe, con más *cuatro reales* que nos costará el certificado, pues si el *Blanquerma* ha de llegar á sus manos, bien será tomar estas precauciones, dicho sea en alabanza de nuestra Administración.